

Kevin Ortiz

# 50 CUENTOS CORTOS DE LA VIDA SILVESTRE

Con enseñanzas y valores para niños



## **Tabla de contenido**

**Los tres cerditos**  
**El Cuervo**  
**El pingüino que quería vivir en la selva**  
**El niño explorador**  
**El rey de la selva**  
**La historia del mono verde**  
**Los seis cisnes**  
**El león refunfuñón**  
**Los sueños de Alonso**  
**El loro de las Américas**  
**El verdadero rey de la selva**  
**El pequeño Sunny**  
**Circe, el elefante bailarín**  
**La lagartija Chan conoce el pueblo**  
**La excursión de Ribí y Lomo**  
**Las vacaciones del oso, la rana y la cebra**  
**El sonido del mar**  
**Incendio en la selva**  
**Emilia coge un atajo**  
**El leopardo gris**  
**Pedro y Lola**  
**Teresa, la araña que tenía pereza**  
**Luana, la serpiente encantadora**  
**La Aventura de los Animales de la Selva**  
**El León y el Ratón**  
**El Elefante Bernardo**  
**Un pollito llamado Lito**  
**La gallinita colorada y sus pis-pollitos**  
**El león que se creía cordero**  
**Pepito y sus grillos**  
**La ciudad en la que no había perros ni gatos**  
**La reina de las abejas**  
**Doña Jirafa y Don Elefante**  
**El lobo enfermo**

**Las tres hojas de la serpiente**  
**El viejo Sultán**  
**Las aventuras del conejito Tomillito**  
**La cigüeña y la zorra**  
**Karta, un perrito muy especial**  
**El conejito soñador**  
**El caballo valiente**  
**El extraño caso del zoo que tenía... algo especial**  
**El mono que buscaba un amigo**  
**El cerdo que quería ser cantante**  
**El Mapache Ecológico**  
**Las super abejas**  
**El gatito desobediente**  
**El ratón Julio**  
**Un ratón muy goloso**  
**El osito y el león**

## Los tres cerditos

Había una vez tres hermanos cerditos que vivían en el bosque. Como el malvado lobo siempre los estaba persiguiendo para comérselos dijo un día el mayor:

- Tenemos que hacer una casa para protegernos de lobo. Así podremos escondernos dentro de ella cada vez que el lobo aparezca por aquí.

A los otros dos les pareció muy buena idea, pero no se ponían de acuerdo respecto a qué material utilizar. Al final, y para no discutir, decidieron que cada uno la hiciera de lo que quisiese.

El más pequeño optó por utilizar paja, para no tardar mucho y poder irse a jugar después.

El mediano prefirió construirla de madera, que era más resistente que la paja y tampoco le llevaría mucho tiempo hacerla. Pero el mayor pensó que aunque tardara más que sus hermanos, lo mejor era hacer una casa resistente y fuerte con ladrillos.

- Además así podré hacer una chimenea con la que calentarme en invierno, pensó el cerdito.

Cuando los tres acabaron sus casas se metieron cada uno en la suya y entonces apareció por ahí el malvado lobo. Se dirigió a la de paja y llamó a la puerta:

- Anda cerdito se bueno y déjame entrar...

- ¡No! ¡Eso ni pensarlo!

- ¡Pues soplaré y soplaré y la casita derribaré!

Y el lobo empezó a soplar y a estornudar, la débil casa acabó viniéndose abajo. Pero el cerdito echó a correr y se refugió en la casa de su hermano mediano, que estaba hecha de madera.

- Anda cerditos sed buenos y dejarme entrar...

- ¡No! ¡Eso ni pensar!., dijeron los dos

- ¡Pues soplaré y soplaré y la casita derribaré!

El lobo empezó a soplar y a estornudar y aunque esta vez tuvo que hacer más esfuerzos para derribar la casa, al final la madera acabó cediendo y los cerditos salieron corriendo en dirección hacia la casa de su hermano mayor.

El lobo estaba cada vez más hambriento así que sopló y sopló con todas sus fuerzas, pero esta vez no tenía nada que hacer porque la casa no se movía ni siquiera un poco. Dentro los cerditos celebraban la resistencia de la casa de su hermano y cantaban alegres por haberse librado del lobo:

Los tres cerditos- ¿Quién teme al lobo feroz? ¡No, no, no!

Fuera el lobo continuaba soplando en vano, cada vez más enfadado. Hasta que decidió parar para descansar y entonces reparó en que la casa tenía una chimenea.

- ¡Ja! ¡Pensaban que de mí iban a librarse! ¡Subiré por la chimenea y me los comeré a los tres!

Pero los cerditos le oyeron, y para darle su merecido llenaron la chimenea de leña y pusieron al fuego un gran caldero con agua.

Así cuando el lobo cayó por la chimenea el agua estaba hirviendo y se pegó tal quemazo que salió gritando de la casa y no volvió a comer cerditos en una larga temporada.



## El Cuervo

Había una vez una reina que tenía una hija pequeña. Un día la niña estaba muy impertinente y su madre no lograba calmarla de ningún modo. A la vez que perdía la paciencia la reina vio unos cuervos por la ventana. Entonces, abrió la ventana y dijo:

- ¡Ojalá te volvieses cuervo y echases a volar; por lo menos tendría paz!

Dicho y hecho. La niña se convirtió en cuervo y huyó volando por la ventana. Fue a parar a un bosque tenebroso, en el que permaneció mucho tiempo, sin que nadie supiera nada.

Cierta día, un hombre que pasaba por el bosque oyó el graznido de un cuervo. Al acercarse oyó que decía el ave:

- Soy princesa de nacimiento y quedé encantada; pero tú puedes liberarme.

- ¿Qué debo hacer? - preguntó él.

- Sigue bosque adentro, hasta que encuentres una casa, en la que vive una vieja -dijo el cuervo-. No aceptes nada de lo que te ofrezca. Espérame en el jardín de detrás de la casa, donde hay un gran montón de cortezas. Durante tres días seguidos vendré a las dos de la tarde, en un coche tirado, la primera vez, por cuatro caballos blancos; por cuatro rojos, la segunda, y por cuatro negros, la tercera; pero si en vez de estar despierto te hallas dormido, no me podrás desencantar.

El hombre prometió cumplirlo todo al pie de la letra; pero el cuervo suspiró:

- ¡Ay!, bien sé que no me liberarás, porque aceptarás algo de la vieja.

El hombre repitió su promesa. Y se fue. Al encontrarse delante de la casa, salió la mujer a recibirlo y le ofreció algo de comer. Pero el hombre lo rechazó. Le ofreció entonces de beber, pero el hombre cedió a la tentación y bebió un poco.

Por la tarde, hacia las dos, salió al jardín y se dispuso a esperar al cuervo. Pero, a pesar de sus intentos por permanecer despierto, se durmió profundamente. A las dos se presentó el cuervo en su carroza, tirada por cuatro caballos blancos; pero el ave venía triste, diciendo:

- Estoy segura de que duerme.

Y así era. Y por mucho que lo intentó no fue capaz de despertarlo.

Al mediodía siguiente, la vieja fue de nuevo a ofrecerle comida y bebida. El hombre se negó a aceptar. Pero ante la insistencia, volvió a beber otro sorbo de la copa. Poco antes de las dos fue de nuevo al jardín a esperar la llegada del cuervo. Pero se quedó dormido una vez más.

Al pasar el cuervo en su carroza de cuatro caballos rojos, dijo tristemente:

- ¡Seguro que duerme!

Y así era.

Al tercer día le preguntó la vieja:

- ¿Qué es eso? No comes ni bebes. ¿Acaso quieres morirte?

Pero él contestó:

- No quiero ni debo comer ni beber nada.

Ella dejó a su lado la fuente con la comida y un vaso de vino, y terminó bebiendo. A la hora fijada salió al jardín, pero volvió a dormirse profundamente. A las dos se presentó de nuevo el cuervo en su coche, arrastrado ahora por cuatro corceles negros; el carruaje era también negro. El ave, que venía de riguroso luto, dijo:

- ¡Bien sé que duerme y que no puede desencantarme!

Al llegar hasta él, lo encontró profundamente dormido, y, por más que lo sacudió y llamó, no hubo manera de despertarlo. Entonces puso a su lado un pan, un pedazo de carne y una botella de vino, de todas estas comidas podía comer y beber lo que quisiera, sin que jamás se acabaran. También le puso en el dedo un anillo de oro, que tenía grabado su nombre. Por último, le dejó una carta en la que le comunicaba lo que le había dado, y, además:

Bien veo que aquí no puedes desencantarme; pero si quieres hacerlo, ve a buscarme al palacio de oro de Stromberg; puedes hacerlo, estoy segura de ello.

Y, después de depositar todas las cosas junto a él, subió de nuevo a su carroza y se marchó al palacio de oro de Stromberg.

Cuando el hombre despertó sintió una gran tristeza en su corazón y dijo:

- No cabe duda de que ha pasado de largo, sin yo liberarla.

Pero al ver los objetos depositados junto a él, leyó la carta. Se levantó y se puso inmediatamente en busca del castillo de oro de Stromberg; pero no tenía la mínima idea de su paradero. Tras recorrer buena parte del mundo llegó a una oscura selva, por la que anduvo durante dos semanas sin encontrar salida. Un anochecer se sintió tan cansado que, se tumbó entre unas matas y se durmió.

A la mañana siguiente siguió su camino, y al atardecer, oyó unas lamentaciones. Al poco vio brillar una luz en la lejanía y fue hacia ella. Llegó ante una casa que le pareció muy pequeña, ya que ante ella se encontraba un enorme gigantazo.

-Si intento entrar y me ve el gigante, me costará la vida -pensó. Al fin, sobreponiéndose al miedo, se acercó. Cuando el gigante lo vio, le dijo:

- Me agrada que vengas, hace muchas horas que no he comido nada. Vas a servirme de cena.

- No hagas tal cosa - contestó el hombre -; yo no soy fácil de tragar. Pero si lo que quieres es comer, tengo lo bastante para llenarte.

- Siendo así - dijo el gigante -, puedes estar tranquilo. Si quería devorarte era a falta de otra cosa.

Los dos se sentaron a la mesa, y el hombre sacó su pan, vino y carne inagotables.

- Esto me gusta - observó el gigante. Cuando terminaron, preguntó el hombre:

- ¿Podrías acaso indicarme dónde se levanta el castillo de oro de Stromberg?

- Consultaré el mapa - dijo el gigante.

Fue a buscar el mapa y se puso a buscar el castillo, pero éste no aparecía por ninguna parte.

El hombre se disponía a marcharse, pero el gigante le rogó que esperase dos o tres días a que regresara su hermano. Cuando este llegó le preguntaron por el castillo de oro de Stromberg. Él les respondió:

- Cuando haya comido y esté satisfecho, consultaré el mapa.

Subieron luego a su habitación y se pusieron a buscar y rebuscar en su mapa; pero tampoco encontraron el castillo. El gigante sacó nuevos mapas, y no descansaron hasta que, por fin, dieron con él, quedaba, sin embargo, a muchos millares de millas de allí.

- ¿Cómo podré llegar hasta allí? - preguntó el hombre; y el gigante respondió:

- Dispongo de dos horas. Te llevaré hasta las cercanías, pero luego tendré que volver.

El gigante lo llevó hasta cerca de un centenar de horas de distancia del castillo, y le dijo:

- El resto del camino puedes hacerlo por tus propios medios.

El hombre siguió avanzando hasta que, llegó al castillo de oro de Stromberg, que estaba construido en la cima de una montaña de cristal. La princesa encantada daba vueltas alrededor del castillo en su coche, hasta que entró en el edificio. El hombre se alegró al verla e intentó trepar hasta la cima; pero cada vez que lo intentaba, como el cristal era resbaladizo, volvía a caer.

Viendo que no podría subir jamás, se entristeció y se dijo:

Me quedaré abajo y la esperaré.

Y se construyó una cabaña, en la que vivió un año entero.

Un día, desde su cabaña, vio a tres bandidos que peleaban y les gritó:

- ¡Dios sea con vosotros!

Ellos interrumpieron la pelea; pero como no vieron a nadie, volvieron a pelear con mayor coraje que antes. Volvió él a gritarles:

- ¡Dios sea con vosotros!

Suspendieron ellos de nuevo la batalla; pero como tampoco vieron a nadie, pronto la reanudaron y él les repitió por tercera vez

- ¡Dios sea con vosotros!

Se dirigió a los luchadores y les preguntó por qué se peleaban. Respondió uno de ellos que había encontrado un bastón con el que se podría abrir cualquier puerta con un solo golpe. El otro dijo que había encontrado una capa que volvía invisible al que se cubría con ella. el tercero había capturado un caballo capaz de andar por todos los terrenos, e incluso de trepar a la montaña de cristal. El desacuerdo consistía en que no sabían si guardar las tres cosas en comunidad o quedarse con una cada uno.

Dijo entonces el hombre:

- Yo les cambiaré las tres cosas. Dinero no tengo, pero sí otros objetos que valen más. Pero antes tengo que probarlas para saber si decía la verdad.

Los otros le dejaron montar el caballo, le colgaron la capa de los hombros y le pusieron en la mano el bastón; y, una vez lo tuvo todo, desapareció de su vista. Empezó entonces a repartir bastonazos, gritando:

- ¡Haraganes, ahí tienen sus merecidos! ¿Están satisfechos?

Subió luego a la cima de la montaña de cristal y, al llegar a la puerta del castillo, la encontró cerrada. Golpeó con el bastón, y la puerta se abrió inmediatamente. Entró y subió las escaleras hasta lo alto; en el salón estaba la princesa, con una copa de oro, llena de vino, ante ella. Pero no podía verlo, pues él llevaba la capa puesta. Al estar delante de la doncella, se quitó el anillo que ella le puso en el dedo y la dejó caer en la copa; al chocar con el fondo, produjo un sonido vibrante. Exclamó la princesa entonces:

- Éste es mi anillo; por tanto, el hombre que ha de liberarme debe de estar aquí.

Lo buscaron por todo el castillo, pero no dieron con él. Había vuelto a salir, montado en su caballo, y se había quitado la capa.



## **El pingüino que quería vivir en la selva**

Había una vez un pingüino que vivía en el Polo Norte que, cansado de pasar frío, decidió irse a vivir a la selva.

- ¡No digas tonterías! - le decía su familia.

- ¿Qué vas a hacer tú en la selva, con el calor que hace? -le decían sus amigos.

Pero el pingüino era muy cabezota y tenía muy claro lo que quería.

- Mañana me iré -dijo-. Voy a dormir un poco para reponer fuerzas.

A la mañana siguiente, el pingüino se fue de polizón aprovechando que zarpaba un barco de científicos que habían estado estudiando las costumbres de los pingüinos en el Polo Norte.

Tardó mucho en llegar a la selva, pero lo consiguió. Pero cuando llegó ya estaba medio muerto. Apenas había comido en los últimos días y estaba reseco.

En un último esfuerzo por sobrevivir, se metió en una charca a bañarse, pero el agua estaba tan caliente que el pingüino tuvo que salir en cuanto se metió.

- Tendré que comer algo -pensó el pingüino. Pero por allí no había nada que el pingüino pudiera comer.

De repente, el pingüino oyó un ruido aterrador. Miró y vio a lo lejos un animal a rayas que caminaba a cuatro patas y que tenía unos enormes bigotes.

- ¿Qué es eso? -dijo el pingüino.

- ¡Corre, corre! -dijo una lagartija que pasaba por allí-. ¡Es un tigre!  
¡Y está hambriento! Vete antes de que te coja para la cena.

Pero los pingüinos son bastante lentos caminando. Era imposible que saliera de allí con vida. Entonces...

- ¡Despierta, despierta, pájaro bobo! Si quieres irte tendrás que hacerlo ya. Hay un barco a punto de marcharse y podrás irte de polizón en él.

Era uno de sus amigos. No estaba de acuerdo con su decisión, pero, a pesar de ello, la respetaba.

¿Sabes qué? -dijo el pingüino-. He cambiado de idea. Puede que esté harto de pasar frío, pero aquí tengo a mi familia, a mis amigos, tengo comida, agua y ya conozco todos los peligros a los que me expongo.

- Entonces, ¿te quedas? -preguntó su amigo.

- ¡Me quedo!

Y así fue como el pingüino que quería vivir en la selva cambió de opinión. Desde entonces disfruta mucho más del frío, de los baños y de los peces que come.

## **El niño explorador**

Con tan solo ocho años, Luis se había convertido en el niño explorador más famoso del mundo. Era conocido por haber descubierto nuevas especies de insectos, nuevas especies de plantas y maravillosos parajes escondidos en medio de la inhóspita selva. En su canal de YouTube, Luis colgaba los vídeos de sus increíbles aventuras.

Al principio Luis solo exploraba en vacaciones, pero un canal de televisión le llamó tanto la atención lo que hacía Luis que le ofrecieron tener su propio programa.

El sueño de Luis siempre había sido ser explorador profesional, así que la idea de tener su propio programa le fascinó. A sus papás les pareció bien, siempre y cuando Luis que siguiera con sus estudios del colegio, por supuesto.

Y así fue como Luis empezó a recorrer el mundo como nunca antes había hecho. Eso sí, con un equipo de profesores que se ocupaban de que siguiera con sus clases.

Al principio todo iba bien. Luis grababa su programa, acudía a sus clases y hacía los deberes que le mandaban. Pero poco a poco empezó a estar cansado. Era una estrella de la televisión. ¿Para qué necesitaba él estudiar? Así que, poco a poco, empezó a prestar menos atención a las clases y a dejar para el final del día los deberes. Pero al final del día estaba agotado, así que las dejaba para el final de la semana. Pero al final de la semana siempre tenía fans que atender, sesiones de fotos, entrevistas... y Luis sentía que se debía a su público. Y al final, claro está, no hacía sus tareas.

Cuando llegó el final del curso, Luis tenía muchas cosas por hacer. Entonces, se dio cuenta de que la condición para que pudiera seguir con su programa era pasar de curso. Y no solo era una condición de sus padres, sino que la productora del programa también se lo exigía. Y es

que Luis era un modelo para otros niños, de modo que no podía repetir curso.

A Luis le entraron las prisas por terminar todo, pero era demasiado tarde. Y cuando llegó el día de presentar los trabajos y hacer los exámenes, Luis se encontró con que no podía pasar de curso.

- Tendrás que estudiar en vacaciones -le dijeron sus padres-. La productora de televisión no te dejará seguir en el programa si no apruebas todo.

Luis se sintió muy triste, pero pensó que sería mejor sacrificar el verano que quedarse todo un año sin programa. Pero a base de mucho esfuerzo y muchas tardes sin ir a la piscina estudiando, lo consiguió.

Al curso siguiente, Luis decidió que no le pasaría lo mismo, y que prefería sacrificar una o dos horas al día para sacar tiempo para estudiar y hacer sus deberes que tener que hacerlo durante todo un verano. Y así fue como Luis descubrió el valor de la disciplina.

## **El rey de la selva**

Había una vez una selva en la que gobernaba un león tirano y avaricioso que tenía sometidos a todos los animales. Ni siquiera sus consejeros y ministros leones estaban de acuerdo con él, pero por temor a su ira obedecían y hacían cumplir las normas y los castigos.

Las normas del rey león eran tan estrictas que a los animales ni siquiera se les permitía abandonar la selva. El castigo por intentar fugarse era terrible. Los que eran capturados intentando huir eran encerrados y azotados. Su familia y sus amigos corrían la misma suerte.

El rey león cada vez era más tirano y cruel. Pero no había en la selva animal capaz de imponerse a su poder. Su fama se había extendido a todo el mundo animal. Pero nadie tenía valor para ir a derrocar al tirano.

Pero todo cambió el día que un nuevo animal llegó a la selva. Se trataba de un majestuoso y elegante tigre que había huido de un zoo y que no había oído nada de lo que pasaba en esa selva.

Cuando el tigre llegó fue a ver al rey león a presentarse y a contarle su historia para pedirle asilo. El rey león, al verlo tan majestuoso y joven, pensó que sería un buen aliado para seguir sometiendo a sus súbditos.

El tigre aceptó el trabajo. Pero cuando vio la tiranía y la crueldad con la que el rey trataba a los animales decidió que no iba a seguir así.

-No me he escapado del zoo para esto -pensó el tigre-. No dejé de ser preso para convertirme en carcelero. Tengo que ayudar a estos pobres animales.

El tigre, aprovechando su puesto de poder, reunió a algunos animales para derrocar al rey león.

Entre todos consiguieron sacarlo del trono y meterlo en las mazmorras que había creado para los demás.

-Ahora tú serás nuestro rey -le dijeron los animales.

El tigre se sintió muy honrado de que esos animales le concedieran ese honor, que aceptó sin dudar.

Con el tiempo, el rey tigre empezó a exigir cada vez más a sus súbditos y a ser más tirano y cruel.

Los animales de la selva no estaban dispuestos a pasar por lo mismo otra vez y se reunieron para sacar al rey tigre del trono.

-No cometeremos el mismo error esta vez -dijo el orangután que había liderado el ataque-. A partir de ahora, elegiremos a nuestro líder una vez al año, y ninguno podrá repetir.

El rey tigre fue el último rey tirano de esa selva. Desde entonces no volvió a haber ningún abusón gobernando la selva. Y si a alguno se le ocurría pasarse de la raya había siempre alguien valiente dispuesto a sacarlo de allí.

## **La Historia del mono verde**

Había una vez una familia de monos que era la envidia de toda la selva. Siempre estaban unidos y eran un ejemplo para todas las demás familias, tanto de monos como de otros animales.

Un día llegó a la familia un nuevo miembro. Todos estaban emocionados por el nacimiento. Pero cuando el monito salió todos se quedaron espantados: era un mono verde.

Toda la selva empezó a inventar historias de todo tipo sobre aquel mono y a despreciar a la familia.

—A saber, qué habrán hecho para que tener un mono verde —decían unos.

—Seguro que es un castigo por algo que han hecho —decían otros.

—Habría que echarlos de aquí —decían todos.

Finalmente, la familia cedió a la presión y abandonaron al mono verde, dejándolo muy lejos de su casa.

Cuando el mono verde se vio solo empezó a llorar y a gritar. Solo un cachorro de leopardo se acercó hasta él.

—A ti también te han abandonado, ¿no? —dijo el leopardo.

—No entiendo por qué —dijo el mono verde.

—Seguramente por ser verde —dijo el leopardo.

—Y a ti ¿por qué te abandonaron? —preguntó el mono.

—Fíjate bien tengo las manchas de color rosa —dijo el leopardo.

—Podemos ser amigos y ayudarnos, si te parece —dijo el mono.

—Vale —dijo el leopardo.

—Tengo una idea —dijo el mono—. Podemos aprender a hacer piruetas y dar un espectáculo. El mono verde y el leopardo de las manchas rosas.

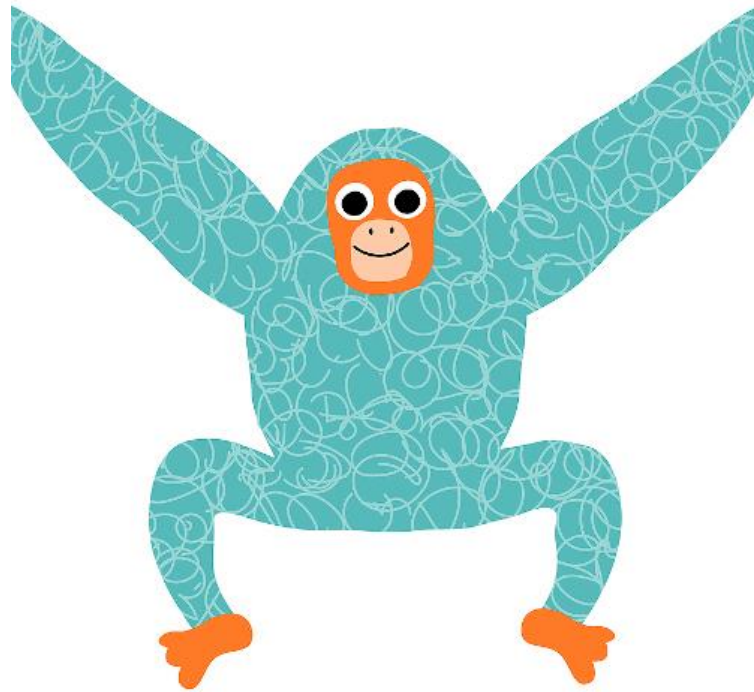
El mono y el leopardo pasaron meses ensayando sus números y aprendiendo a hacer cosas sorprendentes para llamar la atención.

Cuando estuvieron listos, el mono y el leopardo se colocaron en un cruce de caminos y cada vez que pasa alguien empezaban su espectáculo. La mayoría de la gente se paraba a mirar, les aplaudían y les lanzaban comida.

El mono y el leopardo se dirigieron a la ciudad. Allí, en medio de la plaza principal, decidieron mostrar su espectáculo. Todo el mundo aplaudía y les llevaba comida.

Cuando vieron que la gente ya dejaba de prestarles tanta atención, el mono y el leopardo se fueron de aquella ciudad y visitaron la siguiente. Mucha gente ya había oído hablar de ellos y les recibieron con mucha ilusión.

Después, los dos compañeros visitaron otra ciudad, y luego otra, y después otra... Y así, el mono verde y el leopardo de las manchas rosas recorrieron el mundo con su peculiar espectáculo, convirtiendo en una oportunidad lo que todos habían considerado un defecto.



### **Los seis cisnes**

Estaba un rey de cacería en un gran bosque. Este salió en persecución de una pieza con tal ardor, que ninguno de sus acompañantes pudo seguirlo. Al anochecer detuvo su caballo y dirigiendo una mirada a su alrededor, se dio cuenta de que se había extraviado y, aunque trató de buscar una salida no logró encontrar ninguna.

Vio entonces a una vieja, que se le acercaba cabeceando. Era una bruja.

— Buena mujer —le dijo el Rey—, ¿no podrías indicarme un camino para salir del bosque?.

— Oh, si, Señor rey —respondió la vieja—. Si puedo, pero con una condición. Si no la aceptáis, jamás saldréis de esta selva. Y moriréis de hambre.

—¿Y qué condición es esa? —preguntó el Rey.

— Tengo una hija declaró la vieja—, hermosa como no encontraríais otra igual en el mundo entero, y muy digna de ser vuestra esposa. Si os comprometéis a hacerla Reina, os mostraré el camino para salir del bosque.

El Rey, aunque angustiado en su corazón, aceptó el trato, y la vieja lo condujo a su casita, donde su hija estaba sentada junto al fuego. Recibió al Rey como si lo hubiese estado esperando, y aunque el soberano pudo comprobar que era realmente muy hermosa, no le gustó, y no podía mirarla sin un secreto terror.

Cuando la doncella subió al caballo, la vieja indicó el camino al Rey, y la pareja llegó, sin contratiempo, al palacio, donde poco después se celebró la boda.

El Rey estuvo ya casado una vez, y de su primera esposa le habían quedado siete hijos: seis varones y una niña, a los que amaba más que todo en el mundo. Temiendo que la madrastra los tratara mal o llegara tal vez a causarles algún daño, los llevó a un castillo solitario, que se alzaba en medio de un bosque. Tan oculto estaba y tan difícil era el camino que conducía allá, que ni él mismo habría sido capaz de seguirlo a no ser por un ovillo maravilloso que un hada le había regalado.

Cuando lo arrojaba delante de sí, se desenrollaba él solo y le mostraba el camino. Pero el rey salía con tanta frecuencia a visitar a sus hijos, que, al cabo, aquellas ausencias chocaron a la Reina, la cual sintió curiosidad por saber qué iba a hacer solo al bosque. Sobornó a los criados, y estos le revelaron el secreto, descubriéndole también lo referente al ovillo, único capaz de indicar el camino.

Desde entonces la mujer no tuvo un momento de reposo hasta que hubo averiguado el lugar donde su marido guardaba la milagrosa madeja. Luego confeccionó unas camisetas de seda blanca y, poniendo

en práctica las artes de brujería aprendidas de su madre, hechizó las ropas.

Un día en que el Rey salió de caza, cogió ella las camisetas y se dirigió al bosque. El ovillo le señaló el camino. Los niños, al ver desde lejos que alguien se acercaba, pensando que sería su padre, corrieron a recibirlo, llenos de gozo. Entonces ella les echó a cada uno una de las camisetas y, al tocar sus cuerpos, los transformó en cisnes, que huyeron volando por encima del bosque.

Ya satisfecha regresó a casa creyéndose libre de sus hijastros. Pero resultó que la niña no había salido con sus hermanos, y la Reina ignoraba su existencia.

Al día siguiente, el Rey fue a visitar a sus hijos y encontró a la niña.

— ¿Dónde están tus hermanos? —le preguntó el Rey.

— ¡Ay, padre mío! —respondió la pequeña—. Se marcharon y me dejaron sola.

Y le contó lo que viera desde la ventana: cómo los hermanitos transformados en cisnes, habían salido volando por encima de los árboles; y le mostró las plumas que habían dejado caer y ella había recogido.

Se entristeció el Rey, sin pensar que la Reina fuese la artista de aquella maldad. Temiendo que también le fuese robada la niña, quiso llevársela consigo. Pero la pequeña tenía miedo a su madrastra, y rogó al padre le permitiera pasar aquella noche en el castillo solitario.

Pensaba la pobre muchachita: "No puedo ya quedarme aquí; debo salir en busca de mis hermanos". Y, al llegar la noche, huyó a través del bosque.

Anduvo toda la noche y todo el día siguiente sin descansar, hasta que la rindió la fatiga. Viendo una cabaña solitaria, entró en ella y halló un aposento con seis diminutas camas; pero no se atrevió a meterse en ninguna, sino que se deslizó debajo de una de ellas, dispuesta a pasar la noche sobre el duro suelo.

Pero a la puesta del sol oyó un rumor y, al mismo tiempo, vio seis cisnes que entraban por la ventana. Se posaron en el suelo y se soplaron mutuamente las plumas, y estas les cayeron, y su piel de cisne quedó alisada como una camisa. Entonces reconoció la niña a sus hermanitos y, contentísima, salió a rastras de debajo de la cama. No se alegraron menos ellos al ver a su hermana; pero el gozo fue de breve duración.

—No puedes quedarte aquí —le dijeron—, pues esto es una guarida de bandidos. Si te encuentran cuando lleguen, te matarán.

—¿Y no podríais protegerme? —preguntó la niña.

—No —replicaron ellos—, pues solo nos está permitido despojarnos, cada noche, que nuestro plumaje de cisne durante un cuarto de hora, tiempo durante el cual podemos vivir en nuestra figura humana, pero luego volvemos a transformarnos en cisnes.

Preguntó la hermanita, llorando:

—¿Y no hay modo de desencantaros?

—No —dijeron ellos—, las condiciones son demasiado terribles. Deberías permanecer durante seis años sin hablar ni reír, y en este tiempo tendrías que confeccionarnos seis camisas de velloritas. Una sola palabra que saliera de tu boca, lo echaría todo a rodar.

Y cuando los hermanos hubieron dicho esto, transcurrido ya el cuarto de hora, volvieron a remontar el vuelo, saliendo por la ventana. Pero la muchacha había adoptado la firme resolución de redimir a sus hermanos, aunque le costase la vida.

Salió de la cabaña y se fue al bosque, donde pasó la noche, oculta entre el ramaje de un árbol. A la mañana siguiente empezó a recoger velloritas para hacer las camisas. No podía hablar con nadie, y, en cuanto a reír, bien pocos motivos tenía.

Llevaba ya mucho tiempo en aquella situación, cuando el Rey de aquel país, yendo de cacería por el bosque, pasó cerca del árbol que servía de morada a la muchacha. Unos monteros la vieron y la llamaron:

—¿Quién eres? —pero ella no respondió.

—Baja —insistieron los hombres—. No te haremos ningún daño.

La doncella se limitó a sacudir la cabeza. Los cazadores siguieron acosándola a preguntas, y ella les echó la cadena de oro que llevaba al cuello, creyendo que así se darían por satisfechos. Pero como los hombres insistieran, les echó el cinturón y luego las ligas y, poco a poco, todas las prendas de que pudo desprenderse, quedando, al fin, solo con la camiseta.

Pero los tercios cazadores treparon a la copa del árbol y, bajando a la muchacha, la condujeron ante el Rey, el cual le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué haces en el árbol? —pero ella no respondió.

El Rey insistió, formulando de nuevo las mismas preguntas en todas las lenguas que conocía. Pero en vano; ella permaneció siempre muda. No obstante, viéndola tan hermosa, el Rey se sintió enternecido, y en su alma nació un gran amor por la muchacha. La envolvió en su manto y, subiéndola a su caballo, la llevó a palacio.

Una vez allí mandó vestirla con ricas prendas, viéndose entonces la doncella más hermosa que la luz del día. Más no hubo modo de

arrancarle una sola palabra. La sentó a su lado en la mesa y su modestia y recato le gustaron tanto, que dijo:

—La quiero por esposa, y no querré a ninguna otra del mundo. Y al cabo de algunos días se celebró la boda. Pero la madre del Rey era una mujer malvada, a quien disgustó aquel casamiento, y no cesaba de hablar mal de su nuera.

—¡Quién sabe de dónde ha salido esta chica que no habla! —murmuraba—. Es indigna de un Rey.

Transcurrido algo más de un año, cuando la Reina tuvo su primer hijo, la vieja se lo quitó mientras dormía, y manchó de sangre la boca de la madre. Luego se dirigió al Rey y la acusó de haber devorado al niño. El Rey se negó a darle crédito, y mandó que nadie molestara a su esposa.

Ella, sin embargo, seguía ocupada constantemente en la confección de las camisas, sin atender otra cosa. Y con el próximo hijo que tuvo, la suegra repitió la maldad, sin que tampoco el Rey prestara oídos a sus palabras. Dijo:

—Es demasiado piadosa y buena, para ser capaz de actos semejantes. Si no fuese muda y pudiese defenderse, su inocencia quedaría bien patente.

Pero cuando, por tercera vez, la vieja robó al niño recién nacido y volvió a acusar a la madre sin que esta pronunciase una palabra en su defensa, el Rey no tuvo más remedio que entregarla un tribunal, y la infeliz reina fue condenada a morir en la hoguera.

El día señalado para la ejecución de la sentencia resultó ser el que marcaba el término de los seis años durante los cuales le había estado prohibido hablar y reír.

Así había liberado a sus queridos hermanos del hechizo que pesaba sobre ellos. Además, había terminado las seis camisas, y solo a la última le faltaba la manga izquierda. Cuando fue conducida la hoguera, se puso las camisas sobre el brazo y cuando, ya atada al poste del tormento, dirigió una mirada a su alrededor, vio seis cisnes, que se acercaban en raudo vuelo.

Comprendiendo que se aproximaba el momento de su liberación, sintió una gran alegría. Los cisnes llegaron a la pira y se posaron en ella, a fin de que su hermana les echara las camisas; y no bien estas hubieron tocado sus cuerpos, se les cayó el plumaje de ave y surgieron los seis hermanos en su figura natural, sanos y hermosos.

Solo al menor le faltaba el brazo izquierdo, sustituido por un ala de cisne. Se abrazaron y se besaron, y la Reina, dirigiéndose al Rey, que asistía, consternado, a la escena, rompiendo, por fin, a hablar, le dijo:

—Esposo mío amadísimo, ahora ya puedo hablar y declarar que he sido calumniada y acusada falsamente.

Y relató los engaños de que había sido víctima por la maldad de la vieja, que le había robado los tres niños, ocultándolos. Los niños fueron recuperados, con gran alegría del Rey, y la perversa suegra, en castigo, hubo de subir a la hoguera y morir abrasada. El Rey y la Reina, con sus seis hermanos, vivieron largos años en paz y felicidad.

## **El león refunfuñón**

Liono era un león muy grande y con muy mal genio. Era tan grande y fuerte que nunca necesitaba ayuda para ir a cazar y siempre tenía lo que quería. Le gustaba ir solo por la selva y nunca hablaba con casi nadie.

El resto de animales de la selva se quedaban muchas veces sin comida porque Liono siempre se llevaba casi todo y nunca compartía nada. Cuando se acercaban a hablar con él, Liono refunfuñaba y les rugía para que se alejaran.

Cuando llegó el invierno, hacía tanto frío que todos los animales tenían que refugiarse en algún sitio calentito hasta que llegara la primavera.

Liono, como era el más grande y fuerte, se había quedado con el mejor refugio. Todos los inviernos se iba a vivir a una cueva que había en unas rocas en la que no hacía frío y pasaba todo el invierno calentito comiéndose su comida.

El resto de animales construían refugios con madera, ramas y hojas, pero ese invierno llovió tanto que el agua destruyó casi todos los refugios que había en la selva.

Todos los animales estaban muy preocupados ante la situación y estaban muertos de frío. ¡Sólo había una solución! Tendrían que hablar con Liono para que les dejara vivir con él en la cueva.

Entonces, un día fueron todos a la cueva de Liono y le dijeron:

- Liono, el agua y el viento ha destruido todos nuestros refugios. En la selva no quedan más sitios donde podemos vivir. ¿Nos dejarías venir a vivir contigo?

Pero Liono, muy refunfuñón y maleducado, no permitió que los animales se quedasen en la cueva y rugió tanto que los espantó a todos asustándolos mucho.

Los animales no sabían qué hacer. Estaba lloviendo mucho y hacía tanto frío que era imposible vivir en mitad de la selva. Tenían que encontrar un refugio urgentemente.

Entonces, tuvieron una genial idea:

- ¡Construyamos un refugio grande y resistente entre todos! Los elefantes pueden mover las rocas más grandes, las jirafas pueden coger las ramas más altas y fuertes y entre todos lograremos encontrar todo lo que necesitamos – dijo uno de los tigres de la selva.

Así, todos los animales se pusieron manos a la obra. Unos buscaron piedras y madera, otros consiguieron cemento, otros encontraron grandes rocas y entre todos empezaron a construir un refugio donde poder vivir en invierno.

Trabajaron mucho durante un montón de días, pero por fin, tanto esfuerzo mereció la pena:

- ¡Hemos terminado! ¡Hemos terminado! – gritaban todos muy contentos

Todos los animales se fueron al nuevo refugio a vivir. Allí jugaban, cantaban y comían todos juntos compartiendo todo lo que tenían. Y lo más importante, es que estaban refugiados del frío, la lluvia, la nieve y el viento durante todo el invierno.

Un día, los animales escucharon unos ruidos muy fuertes fuera del refugio. Eran truenos de una gran tormenta que traía tanto viento y lluvia que estaba arrasando con todo. Surgieron enormes ríos que recorrían toda la selva llevándose a su paso todos los arbustos, árboles y todo lo que el agua encontraba en su camino.

El río tenía mucha fuerza y llegó hasta la cueva de Liono, que, aunque era un refugio fuerte, no estaba preparado para resistir a la tromba de agua de un río tan grande.

El león tuvo que salir nadando de su cueva y no sabía dónde ir. Estaba muy asustado y nadó y nadó pidiendo auxilio.

Pero entonces, un grupo de animales asomados a una de las ventanas del refugio lo vieron y le gritaron:

- ¡Liono! ¡Por aquí! ¡Intenta venir al refugio y estarás a salvo!

Liono nadó con todas sus fuerzas. Estuvo a punto de no conseguirlo, pero los animales hicieron una cadena entre ellos cogiéndose de las patas y de esa forma lograron llegar hasta donde estaba Lionio para salvarlo de la terrible corriente de agua.

Cuando Lionio llegó al refugio con el resto de los animales se sentía muy avergonzado.

- Gracias por vuestra ayuda. No me la merecía después de como os traté la vez que vinisteis a mi cueva a preguntarme si os podíais quedar allí. Pero sin embargo me habéis salvado. Muchas gracias.

El león refunfuñón dejó de serlo y se convirtió en un león muy simpático que aprendió que es mejor compartir y ayudarse unos a otros.



## Los sueños de Alonso

La familia de Alonso era muy humilde a pesar de que sus papás trabajaban mucho. Ellos intentaban ser felices cada día, procurando que en su hogar no faltaran las sonrisas y la alegría.

Salían adelante gracias a la buena cabeza de su padre en materia económica y al ingenio de su madre elaborando platos succulentos a base de ingredientes sencillos y de sobras.

- Mamá ¿qué comemos hoy?
- Garbanzos.
- Buah...
- ¿Y mañana?
- Sopa de cocido.
- Pues vaya...

Alonso no tenía que volver a preguntar para saber que al día siguiente comerían croquetas de garbanzos. No valoraba el esfuerzo que sus padres por él y ya no disimulaba su cara de asco. Él quería tener una tele enorme que ocupase todo el salón de su casa, una videoconsola en su habitación y quería llevar todos los días deportivas de marca como los otros niños del cole .

Pero lo único que podía hacer era soñar. De modo que todos los días, cuando llegaba del colegio se tiraba en la cama de su cuarto dejando volar su imaginación.

Y soñando, soñando... un día sus pies se desprendieron del suelo y le crecieron unas hermosas alas blancas para volar que le llevaron hasta unas pequeñas islas totalmente inexploradas donde practicó submarinismo rodeado de exóticos peces. Recorrió la gran muralla China de arriba abajo. Subió al Himalaya, al Everest y al Kilimanjaro. Se paseó entre los temibles reyes de la selva, vio a los flamantes hipopótamos chapoteando en el agua, a las esbeltas jirafas comiendo de las copas de los árboles, a los cocodrilos gozando del sol a orillas del

río... Viajó alrededor del mundo y visitó Nôtre Dame y la Catedral de Santiago de Compostela. Observó de primera mano la grandeza de la Capilla Sixtina y se puso morado comiendo pizzas. En Nueva York, probó los deliciosos perritos calientes rebosantes de ketchup y también hamburguesas gigantescas...

Alonso continuó soñando todos los días, cada día más y más, sin darse cuenta de que mientras él no hacía nada, sus papás trabajaban durante muchas horas para que a él no le faltase un plato de comida caliente en la mesa. Y así pasaron días, meses y años.

Tanto trabajaban los papás de Alonso que un día su mamá se puso muy enferma. Estuvo varios días en el hospital muy grave, pero finalmente mejoró y pudo volver a casa. Ese día todo cambió.

Alonso decidió que iba a ayudar a sus padres trabajando él también y que a partir de ahora, todo el tiempo que tuviera libre no lo iba a malgastar soñando, sino que lo iba a aprovechar en estar junto a esas dos personas que tanto habían dado por él: su papá y su mamá.

## **El loro de las Américas**

En un valle lleno de árboles y animales de todo el mundo llegó un loro desde muy lejos arrastrado por fuertes vientos. Se posó en la rama de una secuoya gigante y miró preocupado a su alrededor. ¡No conozco a nadie! Tendré que buscar amigos que me ayuden a conocer los caminos y a conseguir algo de comida.

El paisaje era maravilloso, ríos de aguas cristalinas, un sol rojo en el horizonte, hierba fresca y el sonido de multitud de pájaros como él.

El lorito voló posándose de árbol en árbol hasta que vio a lo lejos a un grupo de ardillas que charlaban animadamente y decidió fijarse en lo que decían a un conejito que pasaba por allí:

- Oye tú conejo ¿A qué hora es la Asamblea de animales? Jajaja

El conejo les contestó muy serio y se fue. Al loro no le gustó que utilizaran esa forma de hablar al conejito, no lo saludaron y no fueron educados, incluso se rieron de él... pero recordó aquello de "allí donde estés haz lo que veas". Además él era un loro profesional y por lo tanto le repetía todo lo que oía.

Se fue en busca del lugar donde se celebraba la Asamblea y por el camino se encontró con un gran león. El rey de la selva, con un pelaje espectacular alrededor de su cabeza, sentado con su pose de fortaleza al lado de una palmera.

El lorito decidió aplicar lo que había aprendido de las ardillas y acercándose a la pata del león le dijo acercándose a su oído:

- Oye tú león. ¿Dónde es la asamblea de animales? Jajaja

El león miró al loro primero con cara de sorpresa y después con cara de enfado.



## **El verdadero rey de la selva**

Hace muchos años el rey de la selva era el león por ser el animal más fiero, por conseguir que todos le hicieran caso, por defender a los animales de humanos que venían a hacerles daño, por su tono de voz que hacía que todo lo que dijera pareciese muy serio.

Pero pasaron los años y poco a poco en la selva más grande del mundo, la Cando-Selva, los animales dejaron de estar unidos. A medida que era más difícil cazar, que la selva iba teniendo menos árboles y que los ríos estaban más sucios por culpa de los humanos, los animales se hicieron más independientes y egoístas y cada uno cuidaba solo de sí mismo.

Desde el cielo podía verse cómo las jirafas pasaban el día desesperadas buscando hojas en las copas de los árboles, como el león pasaba el día enfadado rugiendo porque tenía hambre nadie y precisamente por eso nadie quería acercarse a hablar él por miedo a ser comido, cómo las cebras se ponían enfermas porque bebían del agua de los charcos que estaba sucia y cómo los osos se empujaban entre ellos por conseguir una madriguera en la que hibernar.

La selva era un auténtico caos y el tigre, que estaba muy preocupado por la situación a la que estaban llegando, decidió un día reunirse con el león.

- ¡Vaya, qué sorpresa tigre! Hace mucho tiempo que nadie viene a hablar conmigo... ¿Cómo estas? – Rugió el león.

- Mal, amigo león. Venía a decirte que hace mucho tiempo que creo que ya no ejerces como el rey de la selva y creo que todos necesitamos que vuelvas. Nos estamos volviendo todos un poco locos.

- Ay... amigo. Lo sé. Pero cada día los animales se vuelven más egoístas por miedo a quedarse sin nada. Yo no puedo ocuparme porque el hambre no me deja pensar con claridad. Necesitamos un líder más sobrio y razonable, tienes razón.

- Me alegro de pienses lo mismo que yo. ¿Quién crees que podría ser nuestro líder? – preguntó el tigre –

- Podemos hablar con el elefante. Siempre escucha a todo el mundo, nunca tiene prisa por ir de un lado a otro, tiene paciencia hasta para jugar con los monos... Creo que es el candidato perfecto.

- No.

- ¿Pero ¿cómo que no? - preguntó extrañado el león -

- Tu has tenido la humildad suficiente como para reconocer que te has equivocado, y eso te honra. Creo que el único rey al que necesita la Cando-Selva eres tú, su verdadero rey.

Aquellas palabras del tigre emocionaron mucho al león que desde ese día se prometió a si mismo que no se dejaría dominar por el hambre y que se esforzaría al máximo por restablecer la calma en la selva y ser un buen rey. Y así lo hizo y desde ese día todos los animales de la Cando-Selva conviven en paz y armonía.



## **El pequeño Sunny**

En la selva todos sabíamos quién era el rey: el Gran León Aconcagua.

Llevaba más de diez años reinando y todo funcionaba muy bien en la gran selva pero sólo por una razón: todos los que allí vivíamos estábamos muertos de miedo. Cada vez que uno de nosotros incumplía las reglas, como por ejemplo comer alimentos de los animales grandes como panteras, tigres y osos o utilizar plantas no autorizadas para hacer nuestros hogares el Gran León rugía detrás de nosotros o mandaba a sus animales guerreros a mordernos en las patas o los picos para que no lo volviéramos a repetir.

Cuando el Gran León Aconcagua tuvo una cría, el leoncito Sunny, todos los animales estábamos preocupados porque no podríamos soportar dos reyes salvajes en nuestros hogares. Sin embargo a medida que Sunny iba creciendo observábamos como era distinto a su padre. Sunny jugaba con cualquier animal de la selva, no sólo con los animales grandes y fuertes. Además ayudaba a los animales indefensos a construir sus hogares llevando en su boca las ramas de madera y apartando con sus garras las piedras grandes del camino.

Un buen día el Gran León Aconcagua llamó a Sunny y le prohibió salir del palacete de madera donde vivían. Una vez allí le dijo:

- Hijo mío. No entiendo qué está pasando. Me he pasado los diez últimos años esforzándome por ser respetado. Intentando mostrarme como el animal más fiero y poderoso de toda la selva y sin embargo tú ahora te paseas como si fueras el mejor amigo de todos y cada uno de los animales. ¿Qué he de explicarte para que entiendas que tienes que demostrarles tu poder?

- Papá no tienes que explicarme nada. Yo sé que todos te respetan y tienen muy en cuenta todo lo que enseñas pero mira a tu alrededor. En el fondo todos te temen.

- ¡Qué iluso eres hijo mío! Cuando te veas en un peligro delante de otros animales o los cazadores te darás cuenta de que solo mostrando tu poder conseguirás que te escuchen.

- No lo creo papá pero lo tendré en cuenta.

Al día siguiente el Gran León Aconcagua salió de su palacete para observar qué hacían los animales en la selva. De repente una pantera que a la que no había visto jamás posó su garra en su cola impidiéndole continuar con su camino.

- Aquí te tengo Aconcagua. Te queda poco para seguir siendo el rey de la selva. No te escaparás de mis garras.

Aconcagua rugió y rugió pero no logró soltarse de las garras de la pantera.

De repente empezaron a llegar animales: ranas, ardillas, osos, monos y todos los miraban pero ninguno de ellos quería ayudar al Gran León Aconcagua. Cuando Sunny apareció detrás de la pantera todos esperaban que le diera un gran mordisco para liberar a su padre y sin embargo se acercó y le dijo tranquilamente:

- Pantera Tampa. ¿Te acuerdas de que hace un mes te ayude a librarte de la trampa de un cazador? Te agradecería que me devolvieras el favor liberando a mi padre.

- Tienes razón Sunny. Es justo. Tu padre tiene suerte de que tú seas su hijo.

Una vez en el palacete el Gran León Aconcagua estuvo tres días retirado a sus aposentos pensando en lo sucedido. Cuando salió, le dijo a su hijo:

- Sunny, hijo. Llevas razón. No puedo seguir gobernando con miedo esta selva. -Se gana mucho más ayudando que asustando.

- ¡Bien dicho papá!

Y padre e hijo se dieron un fuerte abrazo.

## **Circe, el elefante bailarín**

El elefante Circe había hecho un viaje muy muy largo para llegar desde Brasil al Zoo de Londres. No estaba contento, porque él quería estar en la selva. Pero la verdad es que cuando llegó al zoo había hecho grandes amigos. Ahora, al cerrar el zoo, había tenido que separarse de todos ellos y pensaba que no iba a estar bien en ningún sitio. Cuando el pájaro loco le había informado de que iba a ir a Londres sólo pensó en que no quería estar solo.

Nada más llegar a Londres sintió que una lluvia muy fuerte y fría caía sobre él. Lo pusieron en un lado del zoo donde se fijó al pasar que tenía cerca a los rinocerontes, las jirafas y los osos.

Pasaron dos días y Circe se encontraba cómodo, pero todavía no había tenido la oportunidad de hablar con sus compañeros. La verdad es que no parecía que pudiera hacerse mucho allí dentro más que dormir, comer, rebozarse en el barro y saludar a los visitantes.

Un día Circe decidió enseñar al resto de animales algo que había aprendido en el zoo de Brasil y que era divertido, o al menos para él. ¡Bailar!

Se hizo una falda recogiendo hierbas que tenía alrededor y pasó un día entero entretejiéndolas para que le sujetaran su barriga de elefante. Después se hizo un cucurucho de color rojo con el papel de la comida que le traían los cuidadores y se lo puso en la cabeza.

Al día siguiente llegó la hora de la siesta y, mientras los cuidadores se iban a comer dentro del edificio, Circe esperó que se fueran todos para empezar con su show. Supervisó que estaban solos y levantó su trompa:

-Truuuuuuuu Tururu Truuuuuuuuuu Turururu. Ale todos. Vamos a bailar una danza de mi país.

Los osos se pusieron de pie, los rinocerontes levantaron sus orejas, las jirafas sus cabezas y se quedaron mirando a nuestro elefante al verlo vestido con esa falda y ese cucurucho.

El elefante Circe comenzó a levantar las patas, un dos, tirirí, tirirí, levantó sus dos patas delanteras y empezó a mover la cintura, Chaca Chaca, samba, samba. Tal era su ritmo que todos los animales empezaron a aplaudir. Los osos se desternillaban de risa ante la sorpresa del baile, los rinocerontes aplaudían divertidos y las jirafas movían sus cabezas al ritmo que cantaba el elefante. ¡Que diversión en el circo! Cuando Circe acabó de bailar la Rinoceronte Rosita le dijo:

-Circe. Bienvenido entre nosotros. Es genial tu baile brasileño. Si no te importa me gustaría aprenderlo y bailar contigo por las tardes.

-¡Qué bien oír eso Rosita! Claro que te enseño.

Los animales volvieron a aplaudir y a partir de ahí, cada vez que los cuidadores se iban a comer, los animales bailaban al son brasileño del elefante Circe.



## **La lagartija Chan conoce el pueblo**

Chan era una lagartija nada aventurera. Lo sabía porque cuando escuchaba las historias de sus abuelas lagartijas le entraba un miedo atroz con solo pensar que tenía que salir por callejuelas de pueblos llenas de muchos otros animales vecinos, al intenso sol, con muchos niños correteando...

No se sabe por qué, pero Chan llegó con su familia de lagartijas a vivir a una zona de grandes edificios, con pocos animales alrededor y con poco sol. Correteaba todos los días por un jardín abandonado sin que nadie la molestara detrás de su alimento, entre sus flores y con su madre así que vivía muy tranquila.

Un buen día, Chan estaba caminando cerca del asfalto cuando no se enteró del ruido que hacía un niño al correr y sintió como alguien la cogía.

-¡Ahhhhh Dios mío! ¡Me han atrapado! A mí, que vivo en la máxima tranquilidad.

El niño tenía a Chan en su mano izquierda, la observaba y sonreía por el original hallazgo. En la otra mano tenía una pequeña jaula.

-¡Qué feliz soy! -dijo en alto el niño mientras metía a Chan en la jaula-. Ya tengo una mascota

Chan gritaba para sus adentros:

-¿Dónde me lleva? Pero si soy una lagartija. Cómo voy a ser su mascota.

No había podido avisar a su mamá y se llevaría un disgusto.

El niño enseñó a Chan a todos sus amigos del barrio y al día siguiente la metió en el maletero del coche para llevársela de fin de semana a su casa del pueblo. Chan pensó que nunca más estaría en libertad pero no fue así, nada más llegar a un pueblo llamado Toldesilla sintió como le daba el aire en su rostro. ¡Por fin podría ser libre!

El niño apoyó la jaula en el suelo y abrió la pequeña compuerta. Chan estaba muerta de miedo, para ella era como ir a la selva. El niño la sacó con sus pequeños dedos y Chan correteó entre la tierra que nunca había conocido antes.

Por primera vez sintió que tenía sus pequeñas patas muy ágiles, con el miedo que tenía y resulta que era más fácil arrastrarse por la tierra. El niño jugaba mientras a ponerle una carretera con piedras. Chan se divertía intentando esquivarlas. De repente sintió que alguien la llamaba:

-Ey tú ¿Quién eres? ¿No te conozco?

Chan miró para la derecha y vio a un pequeño insecto muy raro para ella.

- Soy Chan la lagartija ¿Y tú?

-Soy Teo el escarabajo.

El niño vio que Chan se paraba con el escarabajo y los juntó a los dos en otra parte del mismo jardín. Chan y Teo se hicieron amigos esa mañana y cuando el niño se fue y los dejó solos Chan disfrutó del intenso sol del que tanto le hablaban sus familiares, de trepar por las rocas, de comer más variado que en la ciudad... ¡Qué divertido era el pueblo!

Pasaron varios días y Chan disfrutaba del entorno cuando por segunda vez en tan poco tiempo sintió que lo volvían a atrapar. Intentaba mover su cuerpo para percibir quien era esta vez y volvió a reconocer al niño al que le tenía que estar agradecida. Otra vez la horrible jaula. El

niño consiguió volver a meter a Chan en el recipiente y llevárselo a la ciudad de nuevo.

Chan pensaba que al final si lo cambiaba de sitio se volvería a quedar solo pero no fue así. El niño lo devolvió al mismo lugar donde lo había cogido y Chan pudo encontrarse con su familia de lagartijas que la habían echado de menos y disfrutaron mucho de las historias nuevas que Chan contó.



## **La excursión de Ribí y Lomo**

Ribí era un elefante de grandes orejas grises conocido en la selva por ser muy bueno y pasar el día riéndose con los animales que se encontraba a su paso. Lomo era un cerdito muy conocido por los grandes banquetes que preparaba para todos los animales y por andar escapando de los cazadores, pues a estos les gustaban mucho los cerditos como él.

Un día soleado Ribí convenció a Lomo para ir de excursión, pero una excursión de verdad pues a Lomo no le gustaba caminar y siempre que iban a ir a algún lado le gustaba ir subido encima de nuestro elefante. Llevaban cada uno su mochila encima y grandes ganas. Empezaron la ruta cantando muy alto para que los pájaros les acompañasen. Se dirigían a la cascada del lago un sitio fantástico para sentarse sobre sus patas y comer algo mientras el aire les daba en la cara y se sentían como animales libres.

A mitad de camino Lomo ya iba cansado pues para seguir el ritmo de Ribí tenía que dar pasitos rápidos. Mientras Ribí daba una zancada como elefante Lomo daba tres pasitos seguidos y rápidos. Cuando llegaron por fin a la cascada chocaron sus patas y extendieron un mantel de cuadros rojos y blancos para poder disfrutar de la comida que traían en sus mochilas. Lomo le dijo a Ribí:

-Ribí, el paisaje ha sido fantástico y he disfrutado mucho caminando pero estoy cansado ¿Puedo ir luego en tu espalda?

-No sé, Lomo, creo que te viene bien caminar. Comemos y lo volvemos a hablar después mejor.

-Está bien -asintió el cerdito.

Cuando sacaron la comida de sus mochilas Ribí puso una ensalada, una empanada de espinacas y queso y un pastel de sandía encima del

mantel. Sin embargo, Lomo sacó una bolsa de patatas fritas, un bocadillo de atún con mayonesa y un paquete de galletas de chocolate.

¿Qué comida traes, Lomo? Eso es muy grasiento, una bolsa de patatas no es comida para comer a mediodía. Es normal que estés cansado cada poco. La comida es lo que nos da la energía para hacer las tareas del día a día si tu energía no es buena estarás cansado y te pondrás enfermo con facilidad.

-Ups -exclamó Lomo, el cerdito, abriendo sus grandes ojos.

-Lomo, guarda eso. Compartiré parte de mi comida contigo. Te sentirás mucho mejor.

-Está bien. Sé que eres mi amigo y lo haces porque yo esté bien.

Cuando acabaron de comer y de disfrutar el día mojando sus patas en la cascada, Lomo intentó ir caminando el camino de vuelta y notó como al tomar la comida saludable se acabó encontrando mucho mejor.



## **Las vacaciones del oso, la rana y la cebra**

Un día de verano un oso, una cebra y una rana se juntaron en el bosque para merendar y allí empezaron a hablar de cómo sería irse de viaje. Si podrían llegar a viajar a algún otro bosque y cómo harían para comer y hacer amigos nuevos.

El león, que estaba por allí paseando, se acercó a ellos y les dijo que él había viajado desde la selva africana hasta ese bosque y que había sido una experiencia fantástica. Los otros animales se empezaron a animar y decidieron organizar como sería el viaje.

El señor oso contó al resto que a él le haría ilusión viajar en tren, coger su sombrero azul y montar en el asiento de al lado de la ventanilla para poder ver tranquilamente todo el paisaje mientras el sol se reflejaba en su cara y se sentía feliz porque conocería al llegar un sitio nuevo.

La señora rana escuchaba al osito y pensaba cómo haría ella el viaje y llegó a la conclusión que lo que más le gustaría sería viajar en avión. Ella, que siempre estaba pegando saltos entre la tierra y el agua, no se imaginaba como sería volar y eso le hacía ilusión. Cruzar entre las nubes, flotar, aunque fuera dentro de una nave. El trayecto, además, podría ser más corto. Ella no se veía ya haciendo un viaje muy largo en un tren.

La señora cebra, al contrario que ellos, creía que para una vez que iba a viajar quería que el trayecto fuera toda una experiencia y supusiera un esfuerzo. Ella se veía viajando a otro lugar en bicicleta. Además, una bicicleta de color rojo como la que veía usar al señor cartero cuando se pasaba por las casas cerca del bosque. Se imaginaba el viento dándole en la cara, haciendo paradas para poder disfrutar de cada pueblito no sólo conocer el nuevo lugar.

El león les habló de su experiencia, él había llegado en camión y había compartido el viaje con más animales, había sido muy divertido pues en la camioneta cada uno contaba historias y se reían unos con otros.

a medida que iban hablando, el cielo escondía el sol y dejaba paso para que salieran las estrellas y la luna. Nuestros amigos seguían imaginando hasta que el señor oso miró para el resto sorprendido:

-Queridas amigas, se nos ha hecho de noche. Creo que ya será tarde para empezar cualquier viaje. He disfrutado de la merienda mucho. Mañana si queréis seguimos organizando nuestra escapada.

La rana, la cebra y el león le dieron la razón y todos se despidieron felizmente. Esa noche cada uno soñó con sus propias vacaciones mientras mostraban al mundo bajo la luz de la luna una enorme sonrisa al sentirse libres.

## **El sonido del mar**

Marcos estaba algo enfadado porque sus padres se habían ido cinco días de vacaciones y no había podido ir con ellos al viaje porque tenía colegio. Se había quedado esos días con el abuelo y los dos organizaban juntos el día a día.

El lunes llegó y Marcos tenía muchas ganas de ver a sus padres, para él irse de viaje a sus diez años era descubrir mundos nuevos, ver otros paisajes y pasarlo bien caminando por las calles. Cuando entraron por la puerta Marcos estaba cenando. El niño se levantó de un salto en cuanto los vio y fue a saludar a mamá, que fue a la primera que vio. Luego a papá, que tenía cara de estar muy cansado por el viaje en avión. Hablaron un rato todos juntos con el abuelo, pero enseguida se dieron cuenta de que ya era tarde y que Marcos tenía que irse a dormir. Cuando ya estaba dentro de la cama Marcos preguntó:

-Papá, ¿no me habéis traído un recuerdo de esas islas?

-Sí, te hemos traído una cosa especial que no tienes en tu habitación, pero te la daremos mañana; ahora es tarde.

Marcos soñó toda la noche con multitud de cosas. Se imaginaba paseando encima de elefantes por la selva, recogiendo frutas del suelo como hacía con el abuelo por la India, caminando por una ciudad grande con papá y mamá viendo escaparates de Navidad.

Cuando se levantó, en lo único que pensaba era en su regalo viajero, pero mamá no quiso dárselo hasta que hiciera los deberes por la tarde. Cuando Marcos acabó de merendar y de hacer los deberes sus padres le trajeron una caja marrón, ¿Qué habría en esa caja? Le dijeron que la cogiera bien si resbalaba se podría romper. ¡Qué intriga!

Cuando abrió la caja no sabía muy bien que era exactamente lo que había dentro y preguntó:

-Es bonito, pero ¿qué es? ¿Una piedra de mar?

-Es una caracola, cariño. Esta es la concha de un caracol marino. Esta caja me gusta mucho porque te traemos un poco de mar y de naturaleza -contestó su padre.

Marcos miraba curioso la caracola porque tenía colores bonitos, naranjas, blancos, plateados y rosas.

-¿Sabes lo que más te va a gustar? Mira, acércalo a tus oídos – dijo mamá mientras Marcos miró extrañado para la caracola, pero así lo hizo-. ¿Qué escuchas?

-¡Estoy escuchando el mar! – contestó Marcos.

Miraba una y otra vez con sorpresa dentro de la concha, ¿Cómo podía ser? Estaba escuchando el sonido del mar, un leve rugido que traía frescor a la habitación y parecía que había estado allí mismo delante del mar.

-Me gusta mucho, gracias.

Marcos les dio un abrazo y se fue feliz con su caja a la habitación. Día tras día Marcos escuchaba su caracola y comprendía lo curiosa y bonita que era la naturaleza. Como quería que todo el mundo conociera su caracola cuando en clase de Ciencias Naturales vieron los seres marinos Marcos le dijo a su profesora si podía traer su tesoro para que todos escucharan en clase el ruido del mar. La profesora, sorprendida por la propuesta, le dio permiso y al día siguiente Marcos custodió su caja para que no se cayera al suelo y cuando la fue pasando por todas las mesas todos los niños estaban encantados por tener en su clase un trozo de playa.

## **Incendio en la selva**

En una selva del interior de Colombia, en Latinoamérica, convivían animales de muchas especies diferentes. Monos, orangutanes, elefantes, leones, tigres, rinocerontes, serpientes, hienas, panteras... Todos vivían felices en comunidad y se respetaban y ayudaban en todo lo posible.

Una tarde de verano, un grupo de excursionistas decidió hacer una barbacoa en medio de la selva. Eran muy irresponsables y les dio igual que estuviese prohibido. Ellos encendieron el fuego y empezaron a echar hierba seca y trozos de madera para avivarlo. Casi sin darse cuenta, se desató un gran incendio que podía haber tenido consecuencias catastróficas de no ser por la rápida intervención de los animales que habitaban aquella selva frondosa y salvaje.

Cuando comenzó el incendio, los pájaros empezaron a piar, los leones a rugir, las hienas a chillar, los elefantes a barritar y las serpientes a silbar. A medida que caía la tarde, el fuego crecía y se alimentaba rápidamente de todo lo que pillaba a su paso. Además, el viento soplaba con fuerza y eso no ayudaba a que las llamas se apagasen.

Los animales se miraban sin saber por dónde escapar y gritaban sin consuelo buscando una salida entre las llamas. Nadie sabía qué hacer hasta que un elefante joven y avispado tomó las riendas de la situación. Indicó a los de su especie que debían ir hasta un lago cercano y cargar agua para ir apagando las llamas.

En solo unos minutos, se formó una hilera de decenas de elefantes que de repente se convirtieron en los bomberos más eficientes. Los orangutanes y chimpancés también quisieron ayudar así que cogieron hojas de palmera para sofocar el fuego. Mientras, los hipopótamos, dotados de una extraordinaria fuerza, empezaron a mover los troncos carbonizados para que no supusieran un peligro para nadie.

Al final, con todo este trabajo en equipo, las llamas desaparecieron. Tristemente arrasaron gran parte de la selva, así que fue necesario volver a plantar árboles y a sembrar flores y arbustos. De eso se encargaron los tucanes, ayudados de sus enormes picos en los que transportaron semillas que fueron repartiendo por el terreno. De regarlas se volvieron a encargar los elefantes ya que ningún otro animal podía cargar tanta agua como ellos.

## **Emilia coge un atajo**

En un pueblo del interior de la selva vivía un joven gorila llamada Emilia. Siempre había deseado con todas sus fuerzas salir de allí. Le agobiaba que todo el mundo se conociese. Es más, todo el mundo era familia. El panadero era primo del peluquero y el maestro el sobrino del farmacéutico. Emilia quería salir de allí y descubrir su propio camino.

Un día una gran noticia se extendió por todo el pueblo. Un circo famoso en todo el mundo recorrería el país en busca del gorila ideal para unirse a ellos y ser la nueva acróbata. Cuando Emilia escuchó la noticia se juró a sí misma que lo lograría y que se sumaría al equipo de artistas para recorrer el mundo entero de carpa en carpa.

El día en el que la comitiva de caravanas del circo llegó al pueblo de Emilia ella aún no tenía ninguna estrategia para conseguir el puesto de acróbata. Entonces se acordó de la historia de la bruja Cleo, que había ayudado a varias personas de su pueblo con sus hechizos y pociones. Juntó todo el dinero que tenía y se dirigió a la casa de la bruja para explicarle su situación. La bruja cogió el dinero y le preparó una poción para que se la bebiese justo antes de hacer las pruebas de acceso al circo. La joven gorila cogió la botellita con la poción, le dio las gracias a la bruja y se fue por donde había venido.

El día de las pruebas, Emilia llevó la poción en su bolso y, cuando fue a llegar su turno, se la bebió de un solo trago. No sabía cómo esperaba, pero pudo empezar a hacer todo tipo de saltos y piruetas.

Emilia se sentía diferente, se sentía mejor que nunca, muy poderosa. Consiguió el puesto de acróbata pero las cosas no fueron como ella esperaba. El día de la primera actuación, cuando se estaba preparando en el camerino, se miró al espejo. Su cara no parecía la suya y en la frente, en letras enormes, se podía leer la palabra “tramposa”. Se asustó tanto que se desmayó.

Cuando abrió los ojos, se encontraba en la casa de la bruja Cleo. La cuestión es que ya no era una bruja sino una dulce anciana gorila que invitó a Emilia a una ración de bananas. Le dijo con voz pausada y amable que la ambición desmedida a veces no trae más que problemas. Le dijo también que los objetivos hay que lograrlos poco a poco y nunca tomando atajos ni mucho menos haciendo trampas. Emilia aprendió la lección y con el tiempo y mucho trabajo y tesón, se convirtió en una acróbata de primera.



## **El leopardo gris**

Había una vez un leopardo sin color. Era gris y blanco en vez de tener un pelaje dorado como el resto de sus compañeros y familia. No obstante, esta falta de color le había hecho tan conocido en la comarca, que los mejores veterinarios y biólogos del mundo querían viajar hasta allí para conocerle. Querían investigar hasta dar con una pócima que le devolviese el color. Hasta el momento, ninguno lo había conseguido porque todos los colores resbalaban sobre la piel del leopardo. Lo que no sabían es que la falta de color era en realidad símbolo de tristeza, que el hecho de vivir en cautividad, expuesto a los ojos de los visitantes del zoo en el que estaba, había ido poco a poco borrando sus colores.

Un día llegó a la comarca un investigador muy prestigioso, pero algo loco. Lo hacía todo con prisas y se le rompían las cosas cada dos por tres. Al llegar a la jaula del leopardo, el doctor chiflado empezó a decirle muy bajito, cerca de la oreja, que él le devolvería el color. Se puso a preparar una poción hecha con hierbas del bosque y se la dio a beber al leopardo. Al momento, el animal comenzó a tomar colores y tonos vivos. Lo que la gente no había es que en realidad esa poción no tenía ningún efecto, era solo una maniobra para distraerles y ocultar sus verdaderas intenciones.

Sin embargo, todos quisieron saber cuál era el secreto. Lo que había hecho para lograr que el leopardo dejase de ser gris. No hubo más secreto que prometer al animal que le devolvería la libertad y, por supuesto, cumplir su palabra. Viendo la tristeza que causaba al leopardo su encierro, era lógico que la idea de ser libre le devolviese la ilusión y la sonrisa. Al final, tras largas negociaciones, los responsables del zoo donde vivía finalmente accedieron a llevarlo a la selva y liberarlo. Allí, nunca más volvió a perder su color.

## **Pedro y Lola**

En la selva vivían muchos monos. Dos de ellos eran Pedro y Lola. Pedro y Lola eran grandes amigos. Ya de pequeños jugaban juntos y a medida que iban creciendo seguían compartiendo su tiempo contándose sus vivencias mientras salían a recolectar alimentos o practicar sus habilidades acrobáticas entre las ramas de los árboles.

Como todos los monos de la selva, tanto Pedro como Lola tenían ambiciones. Ellos querían progresar y que su vida en la selva fuese cada vez mejor y más cómoda.

Los dos monos compartían sus sueños. Pedro y Lola pensaban y conversaban acerca de lo mucho que les gustaría construirse una guarida en algún árbol cercano al río para tener siempre acceso al agua de manera cómoda. También pensaban en que sería una muy buena idea organizar la recolección de bananas y frutas para no tener que hacerlo a diario y poder tener tiempo de sobra para columpiarse entre las ramas o descansar del calor selvático a la sombra de un árbol.

Por mucho tiempo, tanto Lola como Pedro intentaban conseguir sus objetivos. Por separado, cada día salían a explorar y buscar un buen lugar para construir su refugio. Otras veces intentaban conseguir materiales y armar la guarida. También solían dedicarse a pensar e idear como organizar y administrar sus frutas para tener más tiempo libre para divertirse, aprender cosas nuevas o descansar.

Al finalizar el día, los dos monitos se juntaban en algún árbol de la selva y se contaban como había sido su jornada. Muchas veces estaban muy entusiasmados porque se veían muy cerca de cumplir sus metas. Pero al poco tiempo fracasaban y tanto Pedro como Lola se frustraban.

Así pasó mucho tiempo. Pedro y Lola trabajaban cada día para mejorar, y no lo lograban. Los dos monitos se sentían ya muy deprimidos y en muchas ocasiones llegaron a pensar que eran dos

inútiles incapaces de conseguir algo. Les parecía triste, pero conseguir lo que querían era más difícil de lo que pensaban.

Una tarde Lola, después de dar un paseo entre los árboles, tuvo una genial idea. ¿Podría funcionar? Lola corrió de inmediato a buscar a Pedro y contarle su plan. La monita le explicó que de tanto pensar y de tanto hablar de sus intentos fallidos había observado que tal vez el éxito llegaría más fácilmente si en vez de intentar cada uno por su cuenta formasen un equipo.

Lola y Pedro se dieron cuenta de que uno de ellos tenía la habilidad que al otro le faltaba. Por ejemplo, Pedro era más habilidoso que Lola para subirse a los árboles más altos a recolectar frutas. Pero Lola tenía mejores ideas para administrarlas. Pedro tenía mucha inteligencia para diseñar y pensar como tendría que ser su guarida. En cambio, Lola era más astuta para elegir la ubicación en cuanto a la posición del sol y la distancia al río.

Así los dos monitos decidieron que trabajarían en equipo. Entre los dos construirían el refugio de cada uno e idearían el plan de administración de frutas.

Ahora, todos los días Pedro y Lola se dedicaban a sus proyectos. Las cosas poco a poco tomaron forma. En unos días encontraron el lugar perfecto para la guarida de cada uno. Luego empezaron a construirlas. Al poco tiempo llegó la idea para administrar sus alimentos. Los dos monitos vieron que sus planes ya no estaban frustrados, sino que comenzaban a avanzar.

El tiempo pasó y ya tanto Lola como Pedro tenían cada uno su propio refugio, dedicaban algunos días a conseguir sus alimentos y otros a descansar, jugar o explorar nuevas aventuras.

Con su amistad, sumando sus habilidades y esfuerzos los dos monitos lograron cumplir sus planes.

Ahora son un gran equipo que saben con certeza que pueden lograr todo lo que se propongan.



## **Teresa, la araña que tenía pereza**

La araña Teresa vivía en un gran árbol de la selva húmeda. Como todas las arañas, Teresa tenía su propia telaraña que le servía de hogar y de fuente de alimentación. Con su telaraña Teresa atrapaba insectos para alimentarse cada día. También en la telaraña Teresa guardaba insectos para comer otro día, de esa manera nunca le faltaba el alimento.

Sucedía que la telaraña de Teresa ya estaba muy vieja. Se la veía poco firme y con sus hebras tan finitas que parecían ya no tener fuerza ni resistencia para cumplir su función.

Las demás arañas de la selva dedicaban un tiempo a la semana para mantener sus telarañas en buen estado. Reparaban zonas rotas, agregaban tejido e incluso ampliaban la superficie de la tela. Pero Teresa no hacía esto, porque le daba pereza.

Las otras arañas le decían a Teresa que se ocupará de su telaraña. Teresa les respondía que ellas tenían razón, que debía hacerlo. Teresa comprendía la importancia de realizarle mantenimiento a su telaraña. Sabía lo importante que era para ella la función que su tejido cumplía. Pero siempre Teresa decía: "lo haré después".

Cada vez que Teresa se encontraba en sus paseos por la selva con otra araña y se paraban a conversar decía:

- Mira, si mi telaraña se rompe, me quedo sin hogar y sin alimento. ¡Qué peligro!. Más me vale que la repare. Luego lo hago sin falta.

Teresa siempre decía lo mismo. Ya las otras arañas estaban cansadas de escucharla decir lo mismo. Algunas arañas incluso la regañaban por saber la importancia de mantener en buen estado su tela y no hacerlo.

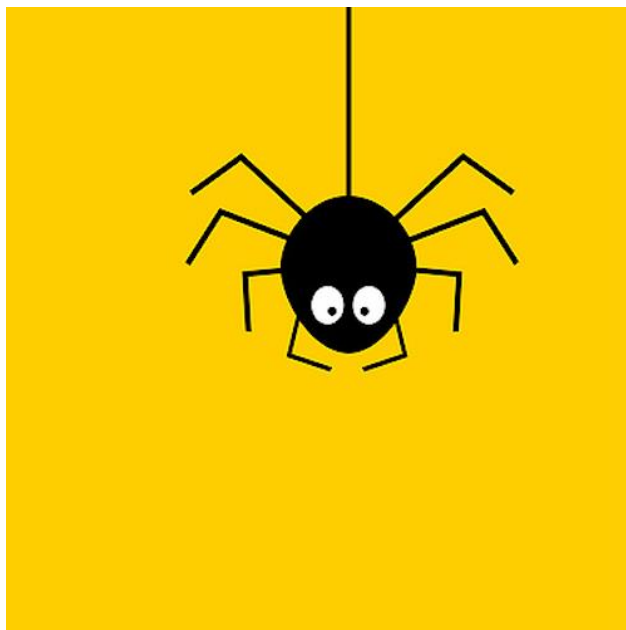
Ante esto Teresa hacía lo mismo. Les decía que tenían razón en su advertencia, incluso se mostraba preocupada por perder su telaraña. Pero Teresa decía: "después lo haré".

Así pasó el tiempo y, un buen día, una tormenta llegó a la selva. La tormenta fue bastante fuerte. Tan fuerte que destruyó la telaraña de Teresa. En cambio, las de las otras arañas resistieron.

Teresa se amargó por lo sucedido. Se sintió una tonta porque siempre supo que eso podría pasar. Ahora efectivamente su telaraña estaba destruida, ya no tenía hogar ni comida.

De inmediato Teresa se puso a trabajar en una nueva telaraña. En pocos días y con un poco de ayuda de sus amigos logró tener nuevamente su propia telaraña, y así también refugio y alimento.

A partir de ese momento Teresa dedicó cada día un momento para revisar su tejido y repararlo de ser necesario. Teresa comprendió por fin la importancia de no dejar las cosas para después y ocuparse cada día de sus responsabilidades.



## **Luana, la serpiente encantadora**

En la selva tropical vivía Luana, una elegante y llamativa serpiente. Luana tenía unos colores muy bonitos en su piel, piel que cada tanto mudaba y renovaba su brillo y sus colores. Además, Luana tenía una voz muy agradable y una forma de hablar pausada y tranquila que parecía hipnotizar a quienes la escuchaban.

A Luana le divertía decirles cosas bonitas a otros animales para adularlos y caerles bien, aunque en el fondo pensara que eran unos tontos o unos pesados. Luana también se entretenía creando disturbios o problemas entre los habitantes de la selva.

Un día Luana estaba enroscada en una rama de un árbol alto y abajo había dos suricatas que estaban de espaldas. Luana tomó un fruto del árbol y se lo arrojó a una de las suricatas. De inmediato, tras el golpe, la suricata miró con enojo a su compañera y la culpó de haberla atacado. Comenzaron a pelear tanto que cayeron rodando colina abajo. Luana se descostillaba de risa.

Otro día Luana estaba descansando sobre una roca, y pasó un antílope pequeño que apenas tiene unos pequeños cuernos en desarrollo. Todos en la selva sabían cuánto añoran los jóvenes antílopes llegar a adultos para tener unos cuernos fuertes. Luana le dijo al pequeño:

-Pero que cuernos más bonitos y fuertes tienes, estoy segura de que puedes derribar esta roca, debe ser fácil para ti.

Luana se bajó de la roca y la rodeó como tentando al pequeño.

El joven antílope se sintió halagado y a la vez desafiado. Así que, sin más, se dispuso a empujar la enorme piedra. Por supuesto sus cuernos eran aún muy inmaduros para esa tarea y su fuerza no era suficiente. De

tanto esforzarse uno de sus cuernos se dobló y se quebró. El pequeño terminó agotado y frustrado. Luana se fue riéndose por lo bajo.

En otra ocasión Luana estaba viendo a unos monos competir haciendo acrobacias entre las ramas. Uno de ellos era el más hábil de todos y destacaba sobre los demás. Luana había visto unas ramas secas y se le ocurrió una idea. Le dijo al monito más habilidoso que esa rama era especial para hacer acrobacias, que era muy flexible y podría rebotar hacia arriba y mostrar todas sus destrezas haciendo giros en el aire. Lo que Luana no le había dicho era que la rama estaba seca y no resistía el peso ni de una hormiga. Al mono le encanto la idea de Luana y corrió a colgarse de la rama, no pasaron ni 5 segundos que esta se quebró y el mono cayó al suelo de bruces. El monito se fue avergonzado y dolorido, Luana se fue entre risas.

A medida que el tiempo pasaba Luana seguía usando su poder de persuasión para hacer maldades, pero cada vez el resto de los animales la conocían más y sabían cuáles eran sus tretas. Así que poco a poco todos fueron dejando de hacerle caso a Luana. La serpiente encantadora ya no era escuchada por nadie y estaba cada vez más sola.

Luana, al principio muy orgullosa, se decía a sí misma que mejor sola que rodeada de inútiles, pero con el tiempo comenzó a sentirse triste. La serpiente pensó ideas para recuperar la confianza de los demás animales y se le ocurrió hacerles favores y entregarles cosas bonitas. Eso hizo. Luana comenzó a ayudar a otros animales en sus tareas o a recolectar frutas y ofrecérselas para que comieran. En el primer momento, los animalitos desconfiaban de Luana, pero al ver que la actitud seguía siendo positiva y no ocultaba ninguna maldad detrás, empezaron a sentirse cómodos con ella nuevamente.

Poco a poco Luana comenzó a ganar amigos y a pasarlo bien con ellos. Luana aprendió a disfrutar ayudando a los demás en vez de disfrutar de las maldades y la desgracia ajena, aprendió a divertirse con

sus amigos y a jugar con ellos. Luana se convirtió en una gran y confiable serpiente.



## **La Aventura de los Animales de la Selva**

Había una vez un Elefante muy tragón. Cansado de comer las plantas de la selva, decidió irse al Zoológico.

El Elefante llamó a la Tortuga y le contó que se iba al Zoológico y le dijo que llame a los animales que quisieran ir con él, La tortuga dormilona, cansada que no la dejen dormir, le dijo:

Estás loco! Como vas hacerlo? y el Elefante le dijo:

Llámalos a todos! y la Tortuga le contestó - Está bien, está bien .....ya voy.

Entonces vinieron el León malo, triste de no tener niños para asustar y el Mono aburrido de comer plátanos todo el día. Todos ellos decidieron irse al Zoológico con el Elefante.

Al otro día, el Elefante los despertó a todos muy temprano para hacer el plan e ir al zoológico. Se escondieron entonces en un barco que iba a la ciudad. viajaron todo el día y la noche.

Al día siguiente el Mono se despertó y les dijo a sus amigos: - Llegamos amigos, Estamos en el zoológico!!

despierten!!

Esperaron la noche para salir camino al Zoológico, cuando llegaron se encontraron con el avestruz que estaba desesperada por salir del zoológico.

- Porque te quieres ir? dijo la Tortuga

- Porque no tengo espacio para correr, todo el día estoy encerrada en esta jaula - dijo el avestruz. Y el pingüino triste dijo:

-Acá no hay frío amigos

- Si! - le dijo el Gorila fortachón desde su jaula- aquí tampoco podemos salir de nuestras jaulas, ayúdenos a salir!

El Elefante al escuchar lo que le iban diciendo los animales, se puso triste porque no era el zoológico como él pensaba y decidió salvar a los animales del Zoológico y ayudarlos a salir y escapar de sus jaulas... Entonces el León malo le dijo:

¡Estás loco!

¡¡yo no quiero regresar, yo quiero asustar niños!!!

¡¡Estas loco!! dijo el Gorila - sí tú asustas a un solo niño, te dejan sin comer todo el día y te castigan mucho. Aquí los niños vienen a divertirse.

Entonces dijo el León, vámonos de aquí, ¡¡hay que salvarlos y salir pronto!!

Así comenzaron a abrir las jaulas con las llaves que encontró el Mono en la caseta del guardia que dormía y en silencio salieron todos los animales al puerto.

Al llegar, el encontraron un barco que estaba a punto de partir, corrieron y saltaron y se escondieron en el depósito del barco, para que nadie los viera.

Al llegar a la selva, todos los otros animales los esperaban felices , organizaron una fiesta y no querían volver a quejarse de lo que tenían.

## **El León y el Ratón**

Comienza en un día normal para el león, el cual empieza a descansar bajo su árbol favorito. Cuando sus ojos ya se estaban cerrando, los ratones cercanos a él que estaban en una madriguera, salieron y empezaron a jugar alrededor del gran animal.

Uno de los ratones, el cual era el menor quiso empezar a aventurarse y decidió esconderse en la melena del león, siendo este despertado por aquel pequeñín juguetón.

El animal molesto por ser despertado, tomó al ratón entre sus garras y lo amenazó, diciendo que podía comérselo para que aprendiera la lección, pero el ratón no podía escaparse mientras estaba muy asustado.

El pequeño animal comenzó a pedir por su vida y le comentó al gran animal de melena que lo dejara ir y que algún día que lo necesitara, estaría para él.

Sin embargo, el león comenzó a reírse diciendo que nunca necesitaría a un animal tan insignificante como un ratón.

El ratón no se decayó en ningún momento y por eso lo dejó ir de sus garras, ya que le pareció bastante valiente y de alguna manera sintió pena por el chiquillo.

Otro día como cualquiera los ratones estaban en el bosque y escucharon un rugido muy fuerte que hizo que se quedaran inquietos, además que la fuerza de los mismos hacía que la sangre se congelara porque el sonido era de miedo total.

Cuando el ratón se dirigió al lugar de donde provenían los rugidos fuertes, se dio cuenta que se trataba del mismo león que un día se lo iba a comer, pero este estaba atrapado debajo de una red, entonces el ratón quiso pagar la deuda que tenía de vida con él.

Por consiguiente, el pequeñín le dijo que lo salvaría, aunque el león explicó que era demasiado esfuerzo para un animal tan delicado como él. El animal se acercó para comenzar a romper la red con sus grandes dientes y entonces pudo salvarlo.

El pequeñín le dijo que siempre se había burlado de su tamaño, pero debía saber que los ratones eran agradecidos y que cumplen las promesas que hacen y con la boca cerrada el león supo que se había equivocado.

Y desde aquel día los dos se volvieron buenos amigos por el agradecimiento que se tenían entre ambos.

Es claro que la importancia de esa obra es enseñar a los más pequeños de la casa que nadie debe subestimar a nadie y que cualquier acto noble que se hace en la vida no queda sin una recompensa.

Además, que la mejor manera de vivir la vida es ayudando a los que lo necesitan y siendo humildes, ya que de esa forma la vida estará llena de felicidad y de buenos amigos.

## **El Elefante Bernardo**

En la escuela todos conocían muy bien a Bernardo y él se aprovechaba de su reputación para hacer todo lo que quisiera, de todas formas, nadie le decía nada a un elefante porque era mucho más grande que el resto y hasta un poco de miedo le tenían.

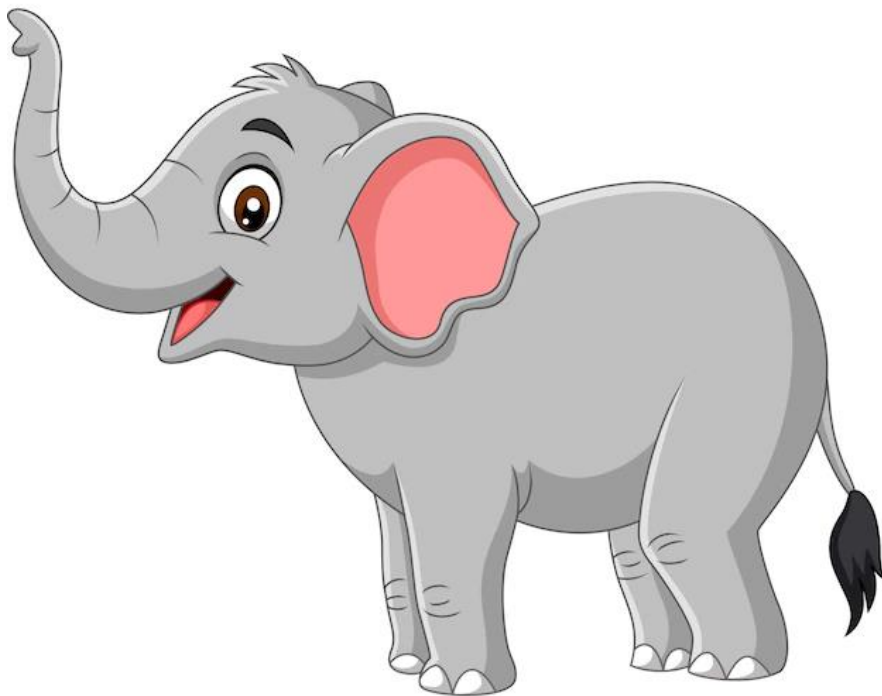
Una tarde, en plena clase tomó una piedra y la arrojó hacia un burrito que se llamaba Cándido, cuando esto sucedió mucha sangre comenzó a brotar de su oreja y al mismo tiempo no paraba de llorar el burro. De inmediato vinieron las maestras para poner en su oreja un gran curita, así como también desinfectante por la herida, pero Bernardo se había para entonces escondido y nadie lo culparía de nada, además no paraba de reírse por lo ocurrido.

Un día Bernardo fue al río para tomar agua porque tenía mucha sed, pero allí se encontraba una familia de ciervos que descansaba en las orillas del río. El malo elefante tomó agua con su trompa y la arrojó encima de ellos, luego se echó a reír sin parar y ahí mismo fue que el ciervo pequeño se cayó hacia el río, casi se ahoga si no fuera porque el padre se tiró de inmediato para salvarlo, ya que el pequeño no sabía nadar, como si fuera poco, le dio al ciervo un gran resfriado porque el agua estaba muy fría.

Todo era una burla para Bernardo, pero ser tan grande no es fácil en un lugar donde está lleno de plantas con espinas, por ello es que el elefante se clavó muchas espinas pasando por un estrecho lugar con plantas y luego estaba sufriendo por el dolor, salió disparado para pedir ayuda con este problema, ya que sus patas no le permitirían sacarse las espinas solo. Les pidió ayuda a los ciervos en el río que no lo ayudaron y hasta le dijeron que se fuera del enojo, luego le pidió ayuda a los compañeros de colegio que tampoco lo quisieron ayudar.

Bernardo tuvo la suerte de que durante todo el camino que hizo en busca de ayuda, había un sabio mono que estaba trepando por los árboles para ir a ayudarlo, en el momento donde frenó ya rendido, el mono se paró frente a él.

Ayuda le pedía el elefante y de inmediato el mono le dijo que lo ayudaría porque él era bueno con los demás animales, pero que sabía lo malo que había sido Bernardo, por eso le advirtió que solamente lo ayudarían los demás cuando él comience a ser bueno y sobre todo a ayudar, a no burlarse nunca del resto y a no hacer maldades como venía haciendo. Después de este episodio, el mono y el elefante se hicieron íntimos amigos.



## **Un pollito llamado Lito**

Los pollitos siempre están pegados uno tras otro detrás de su mamá gallina que los guía en el camino que tienen que hacer, ya sea que se tienen que bañar en las aguas del río, o bien que tienen que recolectar comida, pero generalmente ellos se alimentan de maíz.

Esta familia de pollitos se encontraba muy feliz detrás de su madre gallina que caminaba rápidamente, el último de la fila era un despistado que se llamaba Lito e iba bastante atrás que los demás, pero no había problema porque los estaba siguiendo muy bien, el tema es que se distrajo por un momento con un gusanito que se arrastraba en la tierra y le dio algo de curiosidad, cuando miró a su madre, ya no estaba y sus hermanitos tampoco.

Lito se puso a llorar enormemente y nada podía calmar su llanto, encima no salió de inmediato a buscarlo y la madre no se daría cuenta de que faltaba hasta llegar a la casa porque eran muchos los pollitos y no miraba para atrás al caminar por el bosque, entonces estaba totalmente perdido. El gusanito que tanto miraba le comenzó a hablar y le dijo que lo ayudaría a encontrar a su madre si era esa la razón de su llanto, por eso es que comenzaron juntos una búsqueda como amigos. En vez de encontrar a su familia, en su lugar encontraron a un gato que los ayudó durante el camino y que cuidaba a los dos de que nada malo les pase.

Siguieron caminando los amigos que cada vez eran más porque el pollito lito lloraba y sus amigos nuevos lo cuidaban en el camino para que pueda llegar con su madre, pero entonces es que apareció un perro y este también era muy bueno, preguntó porque lloraba el pequeño y se sumó a la búsqueda. Ahora había un gusano, un pollito, un gato y un perro buscando a la mamá gallina.

Con los pasos se comenzó a escuchar que una gallina llamaba con mucha desesperación a Lito y entonces fue cuando reaccionaron de que al fin la habían encontrado, fueron todos corriendo y la madre en

recompensa para los nuevos amigos de Lito, los invitó a todos a la casa para poder comer una riquísima comida, pero además los dejó jugar siempre con su pequeño que ahora ya tenía muy buenos amigos para cuidarlo en el bosque y también para que no se pierda nunca más de su hogar que ahora todos ya sabían dónde quedaba.



### **La gallinita colorada y sus pis-pollitos**

En un gallinero vivían toda clase de gallinas con sus pollitos, cada familia estaba por separado y cuidaba de forma diferente de sus pequeños, cada quien como estaba acostumbrada, pero ninguna le prestaba mucha atención a los pollitos que corrían, jugaban,

hacían lo que querían sin que nadie les diga nada, incluso comían a la hora que les daba hambre solamente y se hacían pis encima sin que nadie vaya a limpiar después lo que hicieron. El gallinero se volvió un lugar muy sucio al poco tiempo de esta convivencia, pero la gallinita colorada era diferente a las demás porque sus pollitos siempre estaban limpios, ellos siempre hacían caso a su madre y además, ellos no se hacían pis en cualquier lugar.

Todas las gallinas del gallinero se pusieron celosas de ver como el espacio en donde vivía esta familia siempre se encontraba limpio, mientras que el de las demás estaba todo sucio y con olor feo, por eso es que enojadas fueron para hablar con la gallina colorada, quien cuidaba

muy bien de sus pollitos y de su hogar. Ellas le preguntaron porque eran tan educados sus pollitos y no hacían lo que todos los demás estaban haciendo para que sea tan desordenado el gallinero en general y la gallinita con mucha paciencia les comenzó a explicar lo que ocurría.

Todos los chicos son traviesos y también me trajeron muchos problemas al principio, cuando se hacían pis en cualquier lugar, o bien cuando daba una orden y se hacían los que no escuchaban, pero siempre los traté muy bien y les enseñé que hacerle caso a la madre es una de las cosas más importantes mientras sean pequeños porque de este modo siempre los podría proteger. A su vez, las retó a las demás gallinas porque nunca se pusieron a hablar con sus pollitos, solamente los dejaban que hicieran lo que quieran y así es como ellos iban creciendo sin ningún tipo de orden. Siempre hay que educar a los más pequeños para que crezcan sanos y que puedan ser bien educados para el futuro, eso es lo que debe hacer una madre y estas gallinitas al fin lo entendieron.

Al poco tiempo, el gallinero parecía un lugar completamente diferente porque ya no estaba sucio, los pollitos, cada uno a su tiempo, aprendieron que no debían hacer pis en cualquier lugar y que todo lo que sus madres decían era importante para poder mantener un lugar donde vivir tranquilos y seguro.

## **El león que se creía cordero**

Hace mucho tiempo una mamá oveja encontró un cachorro de león abandonado. Al verlo tan solito, la mamá oveja decidió acogerlo y criarlo con sus hijos corderos. El pequeño león estaba tan a gusto con los corderos que creció pensando que él también era uno de ellos.

Cuando el león se hizo mayor siguió viviendo entre las ovejas y los corderos como uno más del rebaño, comportándose igual que lo hacían los demás. Las demás ovejas sabían que él era diferente, pero lo habían aceptado.

El león pastaba con las ovejas, dormía con las ovejas e incluso emitía unos sonidos muy parecidos a los balidos de las ovejas.

Un día apareció por allí un gran león, viejo y sabio, dispuesto a lanzarse sobre las ovejas para llevarse una para la cena. Mientras analizaba escondido en la distancia cuál era la oveja más lenta y, por lo tanto, la más fácil de cazar, el viejo león vio a un león joven pastando entre ellas.

El viejo león no salía de su asombro. ¡Se le veía tan tranquilo entre las ovejas que no se lo podía creer!

Después de pensarlo unos segundos, el viejo león decidió ir a por el león joven a ver qué pasaba.

Cuando las ovejas vieron llegar al león se asustaron y salieron corriendo. El joven león hizo lo mismo. El león viejo corrió tras él hasta que consiguió pararlo.

-Por favor, no me hagas daño. No soy más que una débil oveja -dijo el joven león.

El león viejo comprendió que aquel león no sabía lo que realmente era.

-Si vienes conmigo hasta aquel estanque prometo no hacerte daño a ti ni a tus hermanas.

El león joven aceptó el trato y fue hasta el estanque.

-Acércate a mi lado y mira el agua -dijo el león viejo.

El león joven hizo lo que le pidió el león viejo.

-¿Qué ves en el agua? -preguntó el león viejo.

El león joven se asustó.

¡Dos leones! -gritó-.¿Dónde estoy yo?

-Mira bien -dijo el león viejo-. Somos tú y yo.

El león joven se miró fijamente. Entonces, una especie de fuerza interior le recorrió todo el cuerpo y emitió un feroz rugido.

-¡Soy un león! -dijo.

En ese momento, toda la debilidad que el león había sentido por creerse oveja desapareció. Desde entonces, el león se sintió poderoso. Pero no abandonó a su familia de ovejas, sino que se quedó con ellas para cuidarlas y protegerlas, como hizo su mamá oveja con él cuando lo adoptó siendo un cachorro.

## **Pepito y sus grillos**

Había una vez un niño llamado Pepito que vivía en una gran ciudad. Pepito tenía de todo: juguetes, puzzles, muñecos, libros, películas, videojuegos y cualquier cosa que se pudiera comprar y pudiera colocarse en una estantería. Pero a Pepito le faltaba algo. Lo que Pepito quería era tener una mascota para jugar.

Era lo que más ilusión le hacía en el mundo. Pero lo papás de Pepito no querían tener una mascota en casa. Decían que la casa era pequeña, que los animales manchaban mucho y cosas de ese tipo.

Cuando Pepito cumplió 6 años, sus padres le enviaron a pasar el verano a casa de sus abuelos, que vivían en un pueblecito de esos en los que se puede jugar en la calle. Pepito pensó que sus abuelos le comprarían una mascota. Pero los abuelos de Pepito, que vivían en una casa con jardín, tampoco querían tener una mascota. Decían que estropearía las flores y que en invierno tendrían que quedarse con la mascota.

La primera noche en casa de sus abuelos, Pepito oyó un curioso canto desde su ventana. Por la mañana bajó al jardín a ver quién cantaba, pero sólo oía a los pájaros y ese no era la clase de canto que él había escuchado la noche anterior.

La siguiente noche Pepito volvió a oír el curioso sonido. Pero a la mañana siguiente no encontró más que pájaros en el jardín.

La tercera noche, Pepito decidió preguntar a sus abuelos qué era lo que cantaba desde el atardecer y que no oía cantar por las mañanas.

- Son los grillos -dijo su abuela-.

- ¿Puedo tener uno como mascota? -preguntó el niño-. Sería estupendo.

- Cuidar un grillo es complicado -dijo su abuelo- y en pocos días te quedarás sin él.

- Es que me hace tanta ilusión tener una mascota... -dijo el niño.

- Puedes tener a los grillos del jardín como mascotas sin tenerlos encerrados en una caja -dijo su abuela.

Esa noche el abuelo de Pepito se las ingenió para que un grillo se posara en la ventana de Pepito, que lo observó y escuchó hasta que se quedó dormido. Por la mañana Pepito preparó comida para los grillos en algunas tapas de los botes de conservas de su abuela, y los buscó por todo el jardín. Iba dejando los platitos de comida y se escondía para esperar a que salieran.

Desde ese día, Pepito cuida a los grillos como si fueran sus mascotas. Incluso baja con su abuelo por las noches a escucharlos al jardín y a observarlos. Poco a poco ha aprendido sus costumbres, lo que les gusta comer y dónde prefieren cantar.

Desde entonces, Pepito va todos los veranos al pueblo con sus abuelos a ver sus mascotas. ¡Qué ilusión le hace a Pepito cuidar y observar a sus pequeños grillos!



## **La ciudad en la que no había perros ni gatos**

Había una vez una ciudad en la que vivían miles de perros y gatos. Había tantos que triplicaban a la población de personas de la ciudad. A la gente no le gustaba mucho que hubiera tantos animales, porque hacían mucho ruido y tenían la ciudad muy sucia.

Un día, de repente, de la ciudad desaparecieron todos los perros y los gatos. Nadie sabía qué había pasado, pero como la gente se sintió aliviada nadie investigó qué había pasado. A los pocos días, en la ciudad empezaron a suceder extraños acontecimientos. Aumentaron los robos, los ataques de animales salvajes que venían de las montañas cercanas y poco a poco las ratas empezaron a invadir las calles, los bajos de los edificios y las alcantarillas.

Cuando todo parecía perdido llegó a la ciudad una mujer con un perro y un gato. Estaba de paso y pidió alojamiento en un hotel. Aunque le avisaron de que podía encontrar ratas y que el lugar no era seguro, ella decidió quedarse de todas formas.

- ¡Mi perro y mi gato cuidan de mí, no se preocupe! -dijo la señora.

En los días siguientes, el perro y el gato se dedicaron a limpiar de ratas el edificio y ahuyentar a ladrones y a alimañas. ¡Se lo pasaron en grande esos dos!

Mientras tanto al alcalde de la ciudad le llegaron noticias de lo que estaban haciendo estos animales.

- ¡Claro! ¡Eso es! ¡Esto no pasaba cuando la ciudad estaba llena de perros y gatos! - concluyó el alcalde.

El alcalde fue a ver a la señora y le ofreció una gran suma de dinero por sus animales.

- Los trataremos bien. Su trabajo será hacer lo mismo que han hecho en este hotel, pero en toda la ciudad -explicó el alcalde.

La señora, extrañada, preguntó por qué no tenían perros y gatos en la ciudad, si tanta falta les hacía.

- Un día, sin más, desaparecieron -dijo el alcalde.

- Pero ¿y no saben por qué? -preguntó la señora.

- Admito que no les tratábamos del todo bien y que no valorábamos su trabajo... -dijo el alcalde-. Seguramente se fueron buscando un sitio donde pudieran vivir tranquilos.

- ¿Y sabiendo eso quiere que yo deje a mis amigos con usted? -gritó la señora.

El alcalde no sabía qué hacer. La señora tenía razón, pero las cosas habían cambiado y ahora sabían que necesitaban a esos animales.

- Tengo una idea mejor -dijo la señora-. La ciudad es muy grande para que solo dos animales la limpien. Consiga un lugar para cobijar más animales y le traeré más perros y gatos para que protejan la ciudad.

Al alcalde le pareció buena idea y así lo hizo.

Unos días más tarde, el viejo polideportivo arrasado por maleantes y bestias se convirtió en un gran refugio para perros y gatos. La señora llegó con varios cientos de animales que la seguían y se acomodaron en sus nuevas instalaciones. Decenas de voluntarios se organizaron para atender a los animales.

La gente les llevaba comida y muchos animales fueron adoptados por familias que se comprometieron a tratarlos bien.

En pocas semanas, la ciudad se libró de ladrones y seres indeseables que estaban destrozando todo lo que quedaba.

La ciudad recuperó su esplendor y como los animales estaban bien tratados y cuidados en sus nuevas instalaciones y había gente que se ocupaba de ellos, el lugar se convirtió en un auténtico paraíso para todos.

- Ya os dije que os recibirían como a héroes -dijo la señora a los animales-. Solo tenían que descubrir cuánto os necesitaban.



## **La reina de las abejas**

Érase una vez un rey que tenía tres hijos. Los mayores eran muy aventureros, tanto que un día decidieron abandonar el palacio donde vivían para ir en busca de aventuras. Fueron de acá para allá, disfrutando de una vida sin responsabilidades ni obligaciones. Tanto les gustó su nueva vida que decidieron no volver jamás a casa.

Un día el hermano pequeño, al que todos llamaban “El bobo”, decidió ir a buscar a sus hermanos mayores para unirse a ellos. Cuando por fin el hermano pequeño encontró a los mayores, estos se burlaron de él, pero finalmente se fueron todos juntos.

Al rato llegaron a un hormiguero. Los dos mayores quisieron revolverlo para ver cómo las hormigas correteaban asustadas de un lado a otro, pero el bobo les pidió que las dejaran en paz. Los mayores accedieron y siguieron el camino.

Al rato llegaron a un lago donde había muchos patos. Los mayores quisieron cazar algunos, pero el bobo les pidió que los dejaran en paz. Una vez más, los mayores accedieron y siguieron el camino.

Finalmente, los tres hermanos llegaron a una colmena cargada de miel. Los mayores querían acabar con las abejas prendiendo fuego bajo el árbol y así poder coger la miel. El bobo, una vez más, les pidió que dejaran en paz a las abejas. Los mayores accedieron y continuaron caminando.

Al rato, los tres hermanos llegaron a un palacio en el que solo había un montón de caballos petrificados. Juntos recorrieron el edificio hasta encontrar una puerta que tenía tres cerrojos. En mitad de la puerta, había una mirilla y por ella se podía ver lo que había dentro.

Los hermanos miraron y vieron a un hombrecillo gris sentado a una mesa. Lo llamaron a voces una vez, pero no los oyó. Lo llamaron una

segunda vez, pero tampoco contestó. Cuando llamaron por tercera vez, el hombrecillo se levantó y salió. Sin decir ni una palabra, los agarró y los condujo a una mesa llena de exquisitos manjares.

Después de comer, el hombrecillo llevó a cada uno de ellos a un dormitorio, donde durmieron plácidamente. Por la mañana, el hombrecillo entró en el dormitorio donde dormía el mayor, le hizo señas con la mano y lo llevó a una mesa de piedra, sobre la que estaban escritas las tres pruebas que había que superar para desencantar el palacio.

La primera prueba consistía en buscar las mil perlas de la princesa que estaban en el bosque, debajo del musgo, y llevarlas al palacio antes de que se hiciera de noche. El hermano mayor fue a buscarlas. Cuando anocheció solo había encontrado cien perlas, así que quedó convertido en piedra.

Al día siguiente, el hombrecillo fue a buscar al segundo hermano y le encomendó la misma tarea. Pero como al anochecer solo había conseguido encontrar doscientas perlas quedó convertido en piedra también.

Entonces llegó el turno del hermano pequeño, del bobo. Este, al ver lo difícil que era la tarea, se sentó en una piedra a llorar. El rey de las hormigas, que lo había seguido para darle las gracias, lo vio llorar. En agradecimiento por haber salvado su colonia fue a buscar a sus hermanas hormigas y, entre todas, encontraron las perlas y las llevaron al lugar acordado.

Pero todavía quedaban dos pruebas más. La segunda prueba consistía en sacar del mar la llave de la alcoba de la princesa. El bobo, asustado, se puso a llorar. Entonces se acercaron nadando los patos a los que él una vez había salvado, que le habían seguido para darle las gracias. Los patos se sumergieron en el mar y sacaron la llave del fondo.

Solo faltaba una prueba para deshacer la maldición. La prueba consistía en escoger a la más joven de las tres durmientes hijas del rey. Pero las tres eran exactamente iguales. Lo único que se diferenciaban era que la mayor había tomado un terrón de azúcar, la segunda sirope y la menor una cucharada de miel. Para encontrar a la pequeña solo había una manera: identificar el olor de la miel en el aliento de las niñas.

Pero como el bobo no diferenciaba entre los tres olores dulces de la miel, el sirope y el azúcar se puso a llorar. Entonces llegó la reina de las abejas, que lo había seguido para darle las gracias y se posó en la boca que había tomado miel. De este modo, el bobo reconoció a la más pequeña de las princesas.

En ese momento se deshizo el encantamiento y todo volvió a la normalidad. El bobo se casó con la más joven de las princesas, que era también la preferida del rey, que los nombró herederos de la corona.

Los otros dos hermanos se casaron con las otras dos princesas y ayudaron a su hermano a reinar, olvidándose de su antigua vida de holgazanería.



## **Doña Jirafa y Don Elefante**

Doña Jirafa vivía en el zoo en un lugar muy grande, donde crecían árboles muy altos. Pero a Doña Jirafa le parecía que su espacio era pequeño. Ella quería tener una casa más amplia.

A su lado estaba la casa de Don Elefante, que era mucho más grande. En su espacio, Don Elefante campaba a sus anchas. Pero estaba triste, porque su espacio no tenía árboles tan altos como los que tenía Doña Jirafa.

Doña Jirafa y Don Elefante no se llevaban demasiado bien y se pasaban el día protestando, porque ninguno estaba a gusto con lo que tenía.

Un día, Doña Jirafa le dijo a Don Elefante:

- ¡No es justo que tú tengas una casa más grande que yo!

Don Elefante respondió:

- Pero es que yo soy más grande que tú. Lo que no es justo es que tu casa tenga árboles tan altos.

Don Elefante y Doña Jirafa llegaron a un acuerdo. Don Elefante dijo:

- Un momento, ¿qué te parece si nos cambiamos la casa?

A Doña Jirafa le pareció bien. Al principio era muy feliz, porque tenía mucho espacio para poder correr. Pero pronto se cansó de agacharse a comer las hojas de los arbustos. Eran muy bajitos para Doña Jirafa, que tenía la cabeza muy alta.

Don Elefante también parecía feliz al principio con aquellos árboles tan altos, pero pronto se cansó de no tener espacio suficiente para poder moverse como a él le gustaba.

Doña Jirafa y Don Elefante volvieron a hablar. Doña Jirafa dijo:

- Me gusta tu casa Don Elefante, pero necesito árboles más altos para poder comer. ¿Me podrías devolver mi casa?

A lo que Don Elefante respondió:

- Creo que es buena idea. A mí tus árboles altos me gustan, pero necesito más espacio para moverme.

Doña Jirafa añadió:

- Es justo que cada uno tenga lo que necesita. Yo soy una jirafa y necesito árboles altos para comer. Tú eres un elefante y necesitas mucho sitio para moverte.

- Tal vez podríamos hacernos una visita de vez en cuando. Yo podría disfrutar de tus árboles y tú de todo este espacio - propuso el elefante.

- Perfecto. Eso sí que me parece justo.

Desde aquel momento Doña Jirafa y Don Elefante dejaron de discutir y se convirtieron en grandes amigos.



## **El lobo enfermo**

Había una vez un lobo que ya no podía cazar. Los años le pasaban factura, y ya no estaba para salir corriendo. Sin embargo, seguía siendo astuto e inteligente, así que ideó un plan.

Cerca de donde vivía había una pequeña cabaña abandonada. Corría el rumor de que, mucho tiempo atrás, uno de su especie había intentado comerse a una anciana y a su nieta, pero el plan le había salido mal y acabó con la barriga abierta a manos de un cazador que pasaba por allí.

El lobo pensó que aquella cabaña podría ser un buen lugar para poner en marcha su plan. Y no se equivocó. La casita estaba llena de polvo y telarañas, pero el lobo no tardó mucho en limpiarla y dejarla como nueva. En los armarios encontró ropa de aquella abuelita, que resultaron perfectas para rematar su puesta en escena.

Y así, el lobo, disfrazado de ancianita y acostado en la cama, empezó a sollozar:

-Oh, pobre de mí. Estoy sola y enferma. Oh, pobre de mí. ¿Quién me cuidará? ¿Quién me dará de comer?

Muchos animales se acercaron al oír aquellos lamentos. Y cuando algún animalito entraba a ver cómo podía ayudar, el lobo gritaba.

-¡La merienda!

Y se comía al visitante.

Un día, pasó por allí un cazador, y escuchó los lamentos que salían de la casa. Al hombre le extrañó que la puerta estuviera abierta. Observó a su alrededor. Había algo que no cuadraba, pero ¿qué era?

Con sigilo, el cazador entró en la casa y dijo:

-Hola, vengo a ayudar. ¿Está usted bien?

El lobo enseguida reconoció la voz del humano.

-A este será más difícil engañarlo -pensó el lobo.

Y metiéndose debajo de las sábanas, el lobo dijo:

-No se preocupe y váyase. Todo está bien.

-¿Seguro? -dijo el cazador.

-Sí, váyase -dijo el lobo.

El cazador se marchó, pero, según salía, se dio cuenta de qué era lo que no le cuadraba. Había muchas huellas de animales que entraban en la casa. Pero no había ninguna huella en la dirección contraria.

-Aquí entran muchos animales por su propio pie, pero no sale ninguno -dijo el cazador-. Tengo que ayudar a la persona que está encerrada. Esto es un secuestro y no va a acabar bien.

Haciendo acopio de todo el valor que pudo reunir, el cazador entró en la habitación y tiró de las sábanas para rescatar a...

-¡Un lobo! ¿En serio? -exclamó el cazador.

El lobo estaba temblando de miedo.

-No me hagas daño, por favor -dijo el pobre animal-. Soy un depredador y tengo que comer. Pero soy ya un anciano y... bueno, ya no es tan fácil.

El cazador, al verlo tan desvalido, decidió ayudarlo.

-Te voy a llevar con unos amigos míos que te ayudarán -dijo el cazador-. Te darán de comer y te cuidarán, y podrás campar a tus anchas al aire libre.

Así fue como el lobo acabó en una gran reserva natural donde había más lobos y donde le cuidaron hasta el final de sus días.



## **Las tres hojas de la serpiente**

Había una vez un hombre tan pobre que apenas podía alimentar a su único hijo. Un día, el chico le dijo a su padre:

- Papá, soy una carga para ti. Mejor será que me marche a buscar el modo de ganarme el pan.

Al padre le pareció bien y se despidió de su hijo, con mucha tristeza.

Por aquellos tiempos el Rey estaba en guerra con un imperio muy poderoso. El joven se alistó en su ejército y partió para la guerra. En su primera batalla vio caer a muchos, incluido su general. Viendo a sus compañeros vivos desánimos les animó. Tanto les inspiró que ganaron la batalla. El Rey, agradecido, recompensó al chico con grandes tesoros y lo nombró el primero del reino.

El Rey tenía una hija muy bella, pero muy caprichosa. Solo quería casarse con aquel que, en caso de morir ella, jurase enterrarse vivo a su lado. Ella haría lo mismo en caso contrario. Esto ahuyentaba a todos los pretendientes. Pero el chico quedó tan prendado de su belleza que le pidió la mano al Rey.

Consintió el Rey y se celebró la boda. Los recién casados vivieron una temporada felices y contentos, hasta que, un día, la joven princesa contrajo una grave enfermedad, a la que ningún médico supo hallar remedio. Y murió. Entonces su esposo recordó la promesa que había hecho. La idea de ser sepultado en vida junto a ella le horrorizaba, pero no había escapatoria. El Rey había mandado colocar centinelas en todas las puertas, y era inútil intentar escapar. Llegado el día en que el cuerpo de la princesa debía ser bajado a la cripta real, el príncipe fue conducido a ella, y tras él se cerró la puerta.

Junto al féretro había una mesa, y con ella cuatro velas, cuatro hogazas de pan y cuatro botellas de vino. Moriría de hambre cuando

todo aquello se acabase. Dolorido y triste, comía cada día solo un pedacito de pan y bebía un sorbo de vino, aunque veía su final acercarse lentamente. Una vez, mirando la pared, vio salir de uno de los rincones de la cripta una serpiente, que se deslizaba en dirección al cadáver. Pensando que venía para devorarlo, sacó la espada y exclamó:

-¡Mientras yo esté vivo, no la tocarás!

Y la partió en tres pedazos. Después salió otra serpiente, que enseguida retrocedió, al ver a su compañera muerta. Pero después regresó, con tres hojas verdes en la boca. Cogió los tres segmentos de la serpiente muerta y, encajándolos debidamente, aplicó a cada herida una de las hojas. Inmediatamente quedaron soldados los trozos; el animal comenzó a agitarse, recobrada la vida, y se retiró junto con su compañera. Las hojas quedaron en el suelo, y al desgraciado príncipe se le ocurrió que quizás podría también devolver la vida a las personas. Puso una en la boca de la difunta y otras dos en sus ojos.

Y funcionó. El esposo le dio un poco de pan y un poco de vino a la princesa y juntos empezaron a llamar a la puerta de la cripta para que les abriesen. Los guardias los oyeron y corrieron a informar al Rey. Éste bajó a la cripta y se encontró con la pareja sana y llena de vida.

El joven príncipe se guardó las tres hojas de la serpiente y las entregó a su criado, diciéndole:

- Guárdamelas con el mayor cuidado y llévalas siempre contigo. ¡Quién sabe si algún día podemos necesitarías!

Sin embargo, se había producido un cambio en la resucitada esposa. Parecía como si su corazón no sintiera ya afecto alguno por su marido. Transcurrido algún tiempo, él quiso emprender un viaje por mar para ir a ver a su padre, y ambos embarcaron. Ya en la nave, olvidó ella el amor y fidelidad a su esposo y empezó a interesarse por el piloto del barco. Y un

día, en que el joven príncipe se hallaba durmiendo, llamó al piloto y, entre los dos, lanzaron al esposo al mar.

- Regresemos ahora a casa- dijo la princesa-, diremos que murió en ruta. Yo te alabaré ante mi padre de tal manera que me casará contigo y te hará heredero del reino.

Pero el fiel criado vio lo que pasó y bajó al agua en un bote, cuidándose de no ser visto, a buscar a su señor. Lo sacó del agua, le aplicó las hojas en la boca y en los ojos y lo trajo de nuevo a la vida. Los dos se pusieron entonces a remar con todas sus fuerzas, de día y de noche, y con tal rapidez navegaron en su barquita, que llegaron a presencia del Rey antes que la gran nave. Asombrado éste al verlos regresar solos, les preguntó qué les había sucedido. Al conocer la perversidad de su hija, el Rey debió tomar cartas en el asunto. Mandó a su yerno que se escondiera y salió en busca de su hija.

- ¿Por qué regresas sola? ¿Dónde está tu marido?

- ¡Ay, padre querido! -exclamó la princesa-, ha ocurrido una gran desgracia. Durante el viaje mi esposo enfermó súbitamente y murió y, de no haber sido por la ayuda que me prestó el patrón de la nave, yo también lo habría pasado muy mal.

Dijo el Rey:

- Voy a resucitar al difunto -y, abriendo el aposento, mandó salir a los dos hombres. Al ver la mujer a su marido, quedó como herida de un rayo y, cayendo de rodillas, imploró perdón.

Pero el Rey dijo:

- No hay perdón. Él se mostró dispuesto a morir contigo y te devolvió la vida; en cambio, tú le asesinaste mientras dormía, y ahora recibirás el pago que merece tu acción.

## **El viejo Sultán**

Un campesino tenía un perro muy fiel, llamado Sultán, que se había hecho viejo. Un día, estando el labrador con su mujer en la puerta de la casa, dijo:

- Mañana mataré al viejo Sultán, pues ya no sirve para nada.

La mujer, compadecida del fiel animal, respondió:

- Nos ha servido durante tantos años, siempre con tanta lealtad, que bien podríamos darle ahora el pan de limosna.

- ¡Qué dices, mujer! -replicó el campesino-. Si nos ha servido, tampoco le ha faltado su buena comida.

El pobre perro, al oír la conversación, se puso muy triste. Tenía en el bosque un buen amigo, el lobo, y se fue a verlo para contarle la suerte que le esperaba.

- Ánimo -le dijo el lobo-, yo te sacaré del apuro. Se me ha ocurrido una idea. Mañana, de madrugada, tu amo y su mujer saldrán a buscar hierba y tendrán que llevarse a su hijito. Mientras trabajan, dejan al niño a la sombra del vallado. Tú te pondrás a su lado, como para vigilarlo. Yo saldré del bosque y me lo llevaré. Tú simularás que sales en mí persecución. Entonces, yo soltaré al pequeño, y los padres, pensando que lo has salvado, no querrán hacerte daño.

Al perro le pareció bien el plan y las cosas discurrieron tal como habían sido planeadas. Cuando el viejo Sultán le trajo al pequeñuelo sano y salvo, acariciando contentísimo al animal, le dijo:

- Nadie tocará un pelo de tu piel, y no te faltará el sustento mientras vivas. Mujer, ve a casa y prepárale a Sultán unas sopas de pan y le das una almohada de premio.

Y, desde aquel día, Sultán se dio una vida de príncipe.

Al poco tiempo acudió el lobo a visitarlo y a pedirle que le devolviera el favor, dejando que se llevara una oveja de su amo.

- Con eso no cuentas -le dijo el perro-; yo soy fiel a mi dueño.

El lobo pensó que no hablaba en serio, y, al llegar la noche, fue a robar una oveja; pero el campesino, a quien el leal Sultán había revelado los propósitos de la fiera, estaba al acecho, y le dio una paliza que no le dejó hueso sano. El lobo escapó con el rabo entre piernas; pero le gritó al perro:

- ¡Espera, mal amigo, me la vas a pagar!

A la mañana siguiente, el lobo envió al jabalí en busca del perro, con el encargo de citarlo en el bosque, para arreglar sus diferencias. El pobre Sultán no encontró más auxiliar que un gato que sólo tenía tres patas, y, mientras se dirigían a la cita, el pobre minino tenía que andar a saltos, enderezando el rabo cada vez, del dolor que aquel ejercicio le causaba.

El lobo y el jabalí estaban ya en el lugar convenido, aguardando al perro. Pero, al verlo de lejos, creyeron que blandía un sable, pues tal les pareció la cola enhiesta del gato. En cuanto a éste, que avanzaba a saltos sobre sus tres patas, pensaron que cada vez cogía una piedra para arrojársela después.

A los dos compinches les entró miedo; el jabalí se escurrió entre la maleza, y el lobo se encaramó a un árbol. Al llegar el perro y el gato se extrañó de no ver a nadie. Pero el jabalí no había podido ocultarse del todo entre las matas y le salían las orejas. El gato, al dirigir en torno una cautelosa mirada, vio algo que se movía y, pensando que era un ratón, pegó un brinco y mordió con toda su fuerza. El jabalí echó a correr chillando desafortadamente y gritando:

- ¡El culpable está en el árbol!

Gato y perro levantaron la mirada y descubrieron al lobo, que, avergonzado de haberse comportado tan cobardemente, hizo las paces con Sultán.



## **Las aventuras del conejito Tomillito**

El conejito Tomillito era muy curioso y muy valiente, pero también muy desobediente. Tomillito, el conejito, quería salir a explorar el bosque, pero su mamá no le dejaba. Aún así, el conejito Tomillito se escapaba y se daba una vuelta alrededor de la madriguera.

-Un día te vas a perder, es muy peligroso -le decía su mamá. Pero al conejito Tomillito por una orejota le entraba y por otra le salía lo que su madre le decía.

Un día, en una de sus escapadas, el conejito Tomillito oyó una dulce y delicada voz que llamaba:

-Tomillito, Tomillito, ven a jugar un ratito.

Tomillito sabía que no debía alejarse de la madriguera, pero no pudo resistir la tentación y se acercó. Pero no encontró a nadie.

Un poco después alguien volvió a decir:

-Tomillito, Tomillito, ven a jugar un ratito.

Pero cuando Tomillito se acercó no vio a nadie. Y la voz le volvió a llamar:

-Tomillito, Tomillito, ven a jugar un ratito.

Pero Tomillito ya estaba harto de juegucitos y decidió darse la vuelta. No tardó mucho en darse cuenta de que se había perdido. El conejito Tomillito no sabía dónde estaba, ni tampoco cómo volver a casa.

El conejito Tomillito dio vueltas y vueltas, pero no encontraba su madriguera. Tenía hambre y estaba a punto de oscurecer. Entonces, empezó a oír ruidos en el bosque. Un animal grande y fiero se acercaba.

-¡Qué miedo! -decía el conejito Tomillito.

El conejito Tomillito empezó a correr y, de salto, se metió en el agujero de un árbol. ¡Justo a tiempo! Allí pasó la noche.

Por la mañana, el conejito Tomillito salió de su escondite, dispuesto a regresar a casa. Con mucho esfuerzo, encontró el camino de vuelta.

Cuando llegó a casa su mamá le abrazó:

-Pobre conejito mío. Seguro que has pasado mucho miedo y que estás hambriento.

El conejito Tomillito comió sin separarse de su madre, a la que se quedó bien pegadita.

-Dentro de poco serás mayor y podrás explorar todo lo que quieras Tomillito -le dijo su mamá-. Pero ahora tienes que hacer caso a tu mamá, que sabe lo que te conviene, aunque no te guste.

Y así el conejito Tomillito no volvió a escaparse nunca más, ni volvió a desobedecer a su mamá. Junto a ella aprendió todo lo que necesitaba para convertirse en un conejo mayor y responsable.

## **La cigüeña y la zorra**

Había una vez una cigüeña bonachona que se llamaba Picorrojo y vivía en la copa de un roble. En el tronco del mismo árbol vivía un anciano búho y un poco más abajo, entre las raíces del árbol, una zorra con muy mal genio a la que todos llamaban Malauva.

La zorra se portaba muy mal con la cigüeña y siempre estaba buscando la forma de burlarse de ella. Por ejemplo, un día que Malauva invitó a Picorrojo a comer:

- Baja Picorrojo, que te invito a comer conmigo unas gachas que acabo de preparar.

Pero el animal había puesto las gachas en una piedra muy llana formando una capa muy fina porque sabía que así la cigüeña no podría comérselas. Y eso fue precisamente lo que ocurrió. La cigüeña no pudo picar nada y la zorra se las comió todas. Pero eso no fue todo, porque encima tuvo la cara de decirle:

- ¡Cómo te has puesto cigüeña! Ahora estarás varios días sin comer, ¿eh?

La pobre cigüeña no dijo nada y se subió a su nido con el mismo hambre con el que había bajado.

Un día el búho, que era amigo de la cigüeña y a quien no le gustaba nada la forma en que la zorra se burlaba de ella, tuvo una idea.

- Picorrojo, ve a buscar una caña en la que quepa tu pico y cuando la encuentras vuelve. Prepararemos unas migas y las meteremos dentro. Le dirás a la zorra que la invitas a comer y verás cómo nos reiremos de ella viendo cómo intenta comerlas.

El plan del búho funcionó perfectamente. La cigüeña metía una y otra vez su pico en la caña y cogía una buena ración de migas, mientras que Malauva lo intentaba con su hocico y no sacaba nada. Pero llegó un momento en el que la zorra perdió la paciencia y de repente cogió la caña con los dientes, la destrozó y se comió todas las migas.

El búho permaneció la noche entera pensando de qué forma podrían dar un escarmiento a la zorra y al final tuvo una idea. Al día siguiente el búho explicó a la cigüeña lo que debía hacer. Después fue Picorrojo y habló con Malauva:

- Comadre, vengo a contarle me han invitado a una boda en el cielo. Va a ser un festín. Habrá pavo relleno, gallina en pepitoria, pollitos dorados, queso, gorrinos al horno... Lástima que usted no pueda venir... a no ser que quiera subirse a mis espaldas. Yo podría llevarla si quiere venir.

- ¡Claro que quiero! - dijo Malauva relamiéndose sólo de pensar en toda esa comida

Así que se subió la zorra sobre las alas de la cigüeña y ésta echó a volar. Al rato dijo Picorrojo:

- ¡Ay! Creo que tiene pulgas

- ¿Yo? ¿Nada de eso! - dijo la zorra

- Yo sólo sé que me pica mucho la espalda así que agárrese bien que me voy a sacudir

Al sacudirse la zorra la cigüeña salió volando y por los aires. Menos mal que tuvo la suerte de caer encima de un arbusto y gracias a eso salió viva.

Cuando regresó a su madriguera hecha trizas y llena de heridas se encontró con el búho.

- ¿Qué? ¿Cómo ha ido la boda?

- Bien, pero si salgo de ésta ya le digo que no iré a más bodas en el cielo



La pájara estaba en su nido con sus pequeños pajarillos cuando empezó a nevar. Hacía mucho frío y se esforzaba por taparlos para que no se helaran.

Una zorra pasó por allí helada y muerta de hambre y al ver a la pájara con sus pajaritos en el nido tuvo una idea.

- ¡Oye pájara! ¡Dame uno de tus polluelos, que tengo hambre!  
- ¿Cómo? ¡Ni hablar!  
- Tu verás, pero si no lo haces te corto la rama en la que te sostienes...

No tengo escapatoria - pensó la pájara - Tendré que entregárselo para salvar al resto, porque si nos corta la rama acabará con todos.

Así que la pájara tuvo que hacer caso a la zorra.

Estaba tan triste la pájara después de aquello que no hacía otra cosa que llorar. Entonces, pasó por allí el alcaraván.

- ¿Pero ¿qué te pasa pájara?  
- Que la zorra me ha amenazado con cortarme la rama en la que tengo mi nido con mis polluelos si no le daba uno para comérselo y no me ha quedado más remedio que hacerle caso...  
- ¡Será embustera esa zorra! No puede romperte la rama de ninguna forma ¡Lo único que corta las ramas son las hachas de los hombres!  
- ¿Cómo? No te preocupes que no volverá a engañarme

Al día siguiente volvió la zorra con la misma cantinela.

- ¡Oye pájara! ¡Dame uno de tus polluelos, que tengo hambre!  
- ¡No, ni hablar!  
- Tu verás pero si no lo haces te cortaré la rama en la que te sostienes...

- ¡Mentira! Lo único que corta las ramas son las hachas de los hombres

- ¿Y quién te ha dicho eso?

- ¡El alcaraván!

La zorra estaba muy enfadada de que el alcaraván le hubiese fastidiado sus planes así que se marchó a buscarlo al prado para comérselo.

- Hola alcaraván, precisamente a ti te estaba yo buscando

- ¿A mi? ¿Por qué? - dijo el ave tratando de disimular el miedo que le estaba entrando al ver a la zorra relamerse

- ¡Porque le contaste a la pájara que no puedo cortar su rama!

- Ah bueno eso...

- Nada de buenos, ¡te voy a comer ahora mismo!

- Un momento. Antes tienes que subir a lo alto de la Peña de la Hogaza, que es ese monte que se ve allí, y gritar tres veces ¡¡alcaraván comí!! porque así mis hijos rezarán por mí cuando lo oigan.

A la zorra le pareció una tontería, pero puesto que se lo iba a comer le dio igual hacerle caso. Subió a lo alto del monte con el pájaro en su boca y gritó:

- ¡Alcaraván comí!

- Así no, más alto hombre que si no no lo oirán y no rezarán.

- ¡¡Alcaraván comí!!

- Pero más alto, que no lo van a oír

Y la zorra cogió mucho aire por tercera vez y dijo:

- ¡¡¡Alcaraván coomíiii!!!

Y abrió tanto la boca que el alcaraván pudo escaparse volando y contestó:

- ¡A otro más tonto y no a mí!

## **Karta, un perrito muy especial**

Lila era muy feliz cuidando de su perrito Karta, que le había regalado la tía Lucía cuando cumplió seis años. Lo cierto es que estaban muy unidos y la niña dedicaba todo su tiempo libre a enseñar a Karta habilidades que eran muy raras en los perros ya que se había dado cuenta de que su compañero era muy inteligente.

Una tarde después de hacer los deberes del colegio, llevó de paseo a Karta y le presentó a las mascotas de sus amigos del barrio. Le presentó al señor gato, que se llamaba Patón, al gallo de la señora de enfrente al que le llamaban Kiriki y también al pájaro de Pedro al quien habían puesto de nombre Pío-pío.

Un día la madre de Lila, mientras pasaba la escoba por el salón, escuchó piar en la habitación de la niña.

- ¿No tendrás un pájaro Lila?- preguntó su mamá preocupada porque el padre de la niña era alérgico a las plumas de los pájaros.

- No mamá, es Karta que....- entonces el perrito hizo “pío-pío” -

- ¡Dios mío!.- exclamó la madre de la niña.- Este perro no es normal...¡está loco!.

- No mamá es que.....- pero la madre no le dejó terminar la frase a la niña, dio media vuelta y salió del cuarto de Lila llevándose las manos a la cabeza.

Otro día, el padre de Lila, estaba leyendo el periódico en su sillón preferido y oyó maullar.

- Miau, miau, miau...

- Lila ¿no tendrás un gato en la habitación? Sabes que mamá y tu hermana son alérgicas a ellos.

- No papá, es Karta

Y el perrito maulló de nuevo.

- ¡Dios mío este perrito está enfermo!-dijo el papá.-¡No puede ser!  
¡Un perro que maulla! ¡No puede ser!

- No papá, es que es...- Pero su padre tampoco le dejó terminar la frase a la pequeña y salió de la habitación murmurando:

– Esto no puede ser cierto. Un perro no puede decir miau. Los perros dicen guau.

A pesar de que Lila se sentía un poco desilusionada porque sus padres jamás terminaban de escuchar la explicación por la cual Karta sonaba igual que esos animales, continuó entrenando a su cachorro en esta habilidad tan especial que había adquirido.

Una mañana muy temprano los padres de Lila se despertaron asustados al oír a un gallo cantar. Corrieron a la habitación de la niña. Sobre el armario estaba Karta dando los buenos días con su kikirikí.

- Esto no puede continuar así, tendremos que llevarlo al veterinario, este perro está loco - decidió tajante el padre de Lila -

Y así fue como padres, niña y perro fueron a visitar al veterinario.

Al verlos con cara de preocupación, el doctor preguntó:

-¿Qué está pasando aquí?

Los padres contaron al veterinario el extraño comportamiento de Karta en los últimos días. Éste se dirigió al perro y le preguntó:

- Dicen que puedes hacer miau.

Y el perrito hizo miau.

- Y piar, ¿sabes piar?

Y el perro pió.

El veterinario estaba desconcertado. No podía creer lo que escuchaba así que llamó a la niña.

-Lila, ¿por qué crees que tu perro es tan raro? ¿Qué le puede pasar?

-Karta, un perrito muy especial Nada -dijo la niña - No le pasa nada.

- ¿Nada? -Preguntaron padres y veterinario en coro.

- ¡Nada! Karta no es raro, es un perro muy listo porque sabe muchos idiomas que yo le he enseñado: idioma gatuno, el idioma de los pájaros y también el de las ovejas. Porque también sabe decir....

En ese mismo instante Karta se expresó con un fuerte “beeeeee, beeeeee- beeeeee”

Todos rieron al escuchar al perrito comportándose como una verdadera oveja.

- Pues sí que es inteligente tu perrito, Lila.- dijo el veterinario.

- Guau, guau, guau, guau,- contestó Karta.

- Eso es lo que siempre digo yo, que mi perrito es el más especial de todos los perros del barrio.

El veterinario les sacó una foto a todos, incluida Karta, ya que quería tener un recuerdo de aquel día ya que jamás había conocido un perro como él.

Los padres de Lila comprendieron lo importante que era dedicar el tiempo necesario para escuchar lo que su pequeña tenía que decir antes de sacar conclusiones precipitadas.



## **El conejito soñador**

Había una vez un conejito soñador que vivía en una casita en medio del bosque, rodeado de libros y fantasía, pero no tenía amigos. Todos le habían dado de lado porque se pasaba el día contando historias imaginarias sobre hazañas caballerescas, aventuras submarinas y expediciones extraterrestres. Siempre estaba inventando aventuras como si las hubiera vivido de verdad, hasta que sus amigos se cansaron de escucharle y acabó quedándose solo.

Al principio el conejito se sintió muy triste y empezó a pensar que sus historias eran muy aburridas y por eso nadie las quería escuchar. Pero pese a eso continuó escribiendo.

Las historias del conejito eran increíbles y le permitían vivir todo tipo de aventuras. Se imaginaba vestido de caballero salvando a inocentes princesas o sintiendo el frío del mar sobre su traje de buzo mientras exploraba las profundidades del océano.

Se pasaba el día escribiendo historias y dibujando los lugares que imaginaba. De vez en cuando, salía al bosque a leer en voz alta, por si alguien estaba interesado en compartir sus relatos.

Un día, mientras el conejito soñador leía entusiasmado su último relato, apareció por allí una hermosa conejita que parecía perdida. Pero nuestro amigo estaba tan entregado a la interpretación de sus propios cuentos que ni se enteró de que alguien lo escuchaba. Cuando acabó, la conejita le aplaudió con entusiasmo.

-Vaya, no sabía que tenía público- dijo el conejito soñador a la recién llegada -. ¿Te ha gustado mi historia?

-Ha sido muy emocionante -respondió ella-. ¿Sabes más historias?

-¡Claro!- dijo emocionado el conejito -. Yo mismo las escribo.

- ¿De verdad? ¿Y son todas tan apasionantes?

- ¿Tu crees que son apasionantes? Todo el mundo dice que son aburridísimas...

- Pues eso no es cierto, a mi me ha gustado mucho. Ojalá yo supiera saber escribir historias como la tuya pero no se...

El conejito se dio cuenta de que la conejita se había puesto de repente muy triste así que se acercó y, pasándole la patita por encima del hombro, le dijo con dulzura:

- Yo puedo enseñarte si quieres a escribirlas. Seguro que aprendes muy rápido

- ¿Sí? ¿Me lo dices en serio?

- ¡Claro que sí! ¡Hasta podríamos escribirlas juntos!

- ¡Genial! Estoy deseando explorar esos lugares, viajar a esos mundos y conocer a todos esos villanos y malandrines -dijo la conejita-

Los conejitos se hicieron muy amigos y compartieron juegos y escribieron cientos de libros que leyeron a niños de todo el mundo.

Sus historias jamás contadas y peripecias se hicieron muy famosas y el conejito no volvió jamás a sentirse solo ni tampoco a dudar de sus historias.



## **El caballo valiente**

Érase una vez una granja en la que vivían muchos animales. Había cerdos, gallinas, gallos, ovejas, caballos, vacas, patos y conejos. También había algunos perros y muchos gatos.

Un día a una de las ovejas se le ocurrió salir de la granja a conocer mundo. Estaba aburrida de estar siempre en la granja, haciendo lo que le decían. Así que, aprovechando un despiste del granjero, la ovejita se marchó.

Uno de los caballos, al verla salir, la llamó y le dijo:

- ¿Dónde vas, oveja loca? ¿No te das cuenta que fuera hay muchos peligros para ti? Podría encontrarte un lobo y atacarte.

- Déjame en paz -dijo la oveja-. Me voy a conocer mundo. Estoy aburrida de estar aquí metida.

Y se fue aprovechando que era casi de noche. El caballo la observó mientras se marchaba. De repente vio a un lobo que se acercaba sigiloso. La ovejita ni se había dado cuenta. El caballo relinchó y relinchó, pero la oveja no le hacía caso, pensando que sólo quería que volviera a casa.

Parecía que no era posible evitar la tragedia. El lobo se acercaba cada vez más, dispuesto a cenarse a la pobre ovejita. Entonces, el caballo saltó la valla y cabalgó todo lo rápido que pudo. Y justo cuando el lobo se preparaba para abalanzarse sobre la oveja, el caballo le dio una coz tan fuerte que lo dejó tumbado y sin poder moverse.

- ¡Vamos! ¡Corre! -le dijo el caballo a la oveja. Pero la oveja no era tan veloz como el caballo.

El lobo se levantó y fue de nuevo a por la oveja. El caballo volvió a darle otra coz.

- ¡Huye! - le gritó el caballo a la oveja-. Yo le entretendré aquí.

La oveja huyó hacia la granja mientras el caballo coceaba al lobo, pero se llevó unos buenos mordiscos. Los balidos de la oveja alertaron a los perros y a los granjeros, que salieron al rescate del caballo. Cuando llegaron espantaron al lobo y ayudaron al caballo, que estaba herido.

Al día siguiente, la ovejita se acercó al caballo y le dio las gracias por salvarla del lobo.

- Siento mucho que te hayan herido por mi culpa -le dijo-. Eres un gran amigo. Me dijiste que salir sola era peligroso y no te hice caso. Si no hubiera sido por ti hoy estaría en la barriga de ese lobo.

- Espero que hayas aprendido la lección, pequeña oveja -le dijo el caballo-. Y que la próxima vez escuches con atención los consejos de este viejo caballo que ya ha vivido mucho.

Y así fue como la ovejita aprendió a escuchar a los mayores y entendió que salir sola era muy peligroso.



## **El extraño caso del zoo que tenía... algo especial**

Había una vez un zoo en el que vivían unos animales muy especiales. A primera vista parecían animalitos normales, que vivían en sus jaulas y hacían gracias cuando pasaban los niños a verlos.

Pero por la noche, los animales del zoo salían por un pasadizo escondido que había en el suelo de sus jaulas para ir a un lugar secreto. Este lugar estaba oculto bajo tierra para que nadie más que los animales que vivían en el zoo pudieran entrar.

Los animalitos del zoo pasaban allí la noche y volvían antes de que saliera el Sol para que los cuidadores no notaran su ausencia.

Un día un niño que se había escapado de casa se quedó en el zoo a pasar la noche. Cuando salió de su escondite ya era muy tarde, pero la luz de la Luna llena iluminaba todo el zoo. Se fijó primero en los monos, y vio que desaparecían por una puertecita que había en el suelo de su jaula. Pensó que era muy extraño, y se acercó. Pero cuando llegó la trampilla ya estaba cerrada.

Sin darle demasiada importancia se fue a ver a los osos, pero llegó justo cuando la puerta que había en el suelo de su jaula se cerraba. El niño empezó a pensar que allí había algo extraño. Y se acercó a la jaula de los elefantes. Ocurrió lo mismo, y justo cuando llegó la gran puerta del suelo se estaba cerrando.

El niño corrió muy deprisa a la jaula de las jirafas, pero una le vio y se lo dijo a las otras. Tanta prisa se dio para que no las viera, que se les olvidó cerrar la puerta. Así que el muchacho aprovechó para colarse por el pasadizo e ir a ver qué pasaba.

Al pasar por la puerta cayó en una especie de remolino que le condujo suavemente hasta donde estaban los animales. Para su sorpresa, uno de los animales se dirigió a él y le dijo:

- ¿Qué haces tú aquí, niño curioso?

- ¿Me dices a mí, mono? - respondió el niño, todavía aturdido por la extraña caída.

- ¿A quién si no? - dijo de nuevo el mono -. Eres el único niño que hay aquí. Por si no te has dado cuenta, aquí sólo hay animales.

El niño cayó entonces en la cuenta de que estaba rodeado de animales que no dejaban de murmurar en un sitio muy extraño.

- ¿Qué es esto? -preguntó el niño-. ¿Dónde estoy? ¿Por qué estáis aquí? ¡Cáspita! ¡Si habláis y todo!

- Esto es un zoo encantado, pequeño amigo -dijo un león que parecía muy manso y noble-. Todos nosotros provenimos de un lugar mágico. Cuando los cazadores nos encontraron nos trajeron a este zoo y nos encerraron, pero un mago nos hizo este lugar para que viniéramos por las noches y nos sintiéramos libres.

- Pero si esto es un lugar oculto bajo el zoo, sin ventanas ni nada - dijo el niño sorprendido-. ¿Dónde encontráis aquí vosotros esa libertad que dices?

En ese momento, las jirafas encendieron las velas de las lámparas. Lo que el niño pudo ver le dejó maravillado.

- ¡Wow! -exclamó-. ¡Una biblioteca!

- Pero no es una biblioteca cualquiera -dijo uno de los monos-. Esta biblioteca está llena de libros de todos los tamaños, colores y olores, y están escritos en todos los idiomas posibles e imposibles. Y cuando abres los libros sus historias te transportan a otros lugares, donde puedes vivir aventuras increíbles.

- ¿Puedo leer alguno? -preguntó el niño.

- ¡Claro! - intervino el tigre-.

Pero justo cuando iba a abrir el libro el muchacho sintió una mano sobre su espalda y oyó una voz que le decía:

- ¡Ey! ¡Muchacho! ¡Despierta!

- ¿Qué? ¿Cómo? ¿Dónde? - dijo el niño, despistado. Cuando vio al guarda del zoo y se dio cuenta de que estaba amaneciendo y descubrió de que todo había sido un sueño.

- ¿Qué haces aquí? -le preguntó el guarda. ¿Dónde está tu familia?

- Me he escapado -dijo el niño-. Estoy cansado de mis padres. Están todo el día regañándome porque me porto mal. Seguro que ni siquiera han notado mi ausencia.

- ¡Entonces tú eres el muchacho que esa pobre gente lleva buscando toda la noche! -dijo el guarda, señalando a los papás del niño, que se acercaban corriendo hacia él.

El niño iba a salir corriendo también, pero de forma instintiva se echó la mano al bolsillo, donde encontró un pequeño libro titulado "Descubre tu propia historia".

Miró a los animales, sorprendido. El mono le guiñó un ojo y le dijo:

- Que lo disfrutes

Mientras sus padres le abrazaban emocionados, el muchacho comprendió que su visita a la biblioteca del zoo no había sido un sueño y entendió bien el mensaje de sus nuevos amigos.

- Lo siento mucho - dijo el niño a sus padres -. Sois los mejores papás del mundo, y yo un egoísta. Prometo no volver a escaparme nunca más.

Sus padres lo acariciaron con cariño y le perdonaron. El niño añadió:

- Voy a despedirme de los animales, esperadme, por favor.

El muchacho se acercó a sus nuevos amigos y le dijo al mono:

- A partir ahora me portaré bien, y ya nadie tendrá que reñirme ni castigarme. Gracias, amigo.

El mono se limitó a hacer su ruido de mono, aunque le guiñó un ojo y le hizo un gesto con el dedo sobre la boca para que no dijera nada.

Desde aquel día, el niño no se separa de su libro mágico, que lee sin parar, porque todos los días le regala una historia en la que descubre lo maravillosa que es su propia vida cuando se porta bien.



## **El mono que buscaba un amigo**

Había una vez una vez un mono que vivía solo en una jaula en un pequeño zoo al que apenas iba nadie. El pobre mono estaba triste y aburrido, porque no tenía con quien jugar y apenas tenía visitas.

Como se aburría tanto, el mono se dedicó a abrir un agujero en una de las paredes de la jaula. Cuando por fin consiguió ver el otro lado, el mono se coló por el agujero y fue por todas las jaulas del zoo buscando alguien con quien jugar.

Primero se acercó a las cebras:

- Señora cebra, ¿quieres usted jugar conmigo?
- Sí, monito, jugaré contigo.

El mono se subió encima de la cebra y empezó a saltar encima de ella y a gritar como un loco. Esto a la cebra no le hizo mucha gracia

- ¡Basta! - gritó la cebra -. Vete a hacer el mono a otra parte.

El mono, muy triste, se marchó a su jaula. Al día siguiente se escapó por su agujero y fue a ver al elefante. Pero pasó lo mismo. Cuando aceptó jugar con él, el mono se puso a hacer monadas, y el elefante lo echó por pesado.

Y lo mismo ocurrió con la jirafa, con el pingüino, y con el hipopótamo. El mono estaba cada vez más triste.

Pero un día se le ocurrió que podría colarse en la jaula del tigre. Y eso hizo.

- ¿Quieres jugar conmigo, tigre? - le preguntó el mono, sin darse cuenta de que al tigre se le hacía la boca agua al mirarle.

- ¡Por supuesto! - le dijo el tigre -. ¿Qué te parece si jugamos al pilla-pilla?

- ¡Vale! - dijo el mono -. ¡Tú la llevas!

El tigre se abalanzó sobre el mono para intentar comérselo. Afortunadamente, el mono pudo escaparse a tiempo y huyó asustado a su jaula.

Al día siguiente, estaba el monito muy triste en su jaula cuando llegó su cuidador a traerle la comida.

- ¡Ey, monito! ¿Qué te pasa? Tienes mala cara... Anda toma un plátano.

Pero el mono estaba tan metido en sus pensamientos que no le hizo ni caso. Esto dejó muy preocupado a su cuidador, quien cogió otro plátano y se lo volvió a lanzar. Pero nada.

Pero el cuidador no se dio por vencido. Así que se metió en la jaula y se sentó a su lado. Empezó a jugar con varios plátanos y a hacer malabares con ellos. Al final el mono prestó atención y se empezó a reír mucho.

El mono cogió los plátanos e intentó imitarle y, aunque no podía, era muy gracioso verlo intentándolo.

El cuidador y el mono se lo pasaron muy bien juntos. Cuando finalmente el cuidador se tuvo que ir le dijo al mono:

- Mañana volveré y jugaremos otra vez. ¿Te parece bien?

El mono contestó con unas risas y unos golpes en el pecho para hacerle entender que le parecía bien. Y se quedó muy contento. Cuando por fin se fue el cuidador, se dijo:

- ¡Qué despistado soy! He tenido siempre a un amigo muy cerca y nunca le he hecho caso. He pasado tanto tiempo haciendo el agujero para

escapar que ni me había dado cuenta de que había alguien que me visitaba todos los días.

Desde entonces, el mono y su cuidador juegan un rato todos los días. El mono es muy feliz y su cuidador también, porque es el único animal de todo el zoo que quiere jugar con él.



## **El cerdo que quería ser cantante**

Había una vez un cerdo llamado Antón que quería ser cantante. Desde que era un cerdito siempre le había gustado escuchar música. Se pasaba el día cantando las canciones de moda que sonaban en la radio de la granja.

Todo el mundo le decía que los cerdos no podían ser cantantes. Que si los cerdos son muy grandes, que si los cerdos son muy sucios, que si los cerdos son muy feos... Todo eran pegas.

Pero Antón estaba decidido a ser cantante, así que cogió sus cosas y se fue a la ciudad a buscar un profesor de canto. Visitó todas las escuelas de música que había, pero en ninguna quisieron darle clases porque su gruñido era muy desagradable.

Triste y desilusionado, Antón decidió volver a la granja. Pero cuando llegó a la estación se dio cuenta de que ya no le quedaba dinero para coger el autobús.

El pobre animal necesitaba conseguir dinero para marcharse, pero no sabía hacer nada más que cantar, aunque a su manera. Y no se le ocurrió otra cosa que sentarse en la puerta de la estación de autobuses a cantar un blues acompañado de su guitarra.

Cantando estaba cuando pasó por allí un productor de cine que se quedó impresionado al ver el sentimiento que Antón le ponía a su canción.

El cerdo que quería ser cantante- Hola, ¿qué es lo que te pasa? -le preguntó-. ¿Por qué cantas una canción tan triste?

- Quiero ser cantante y nadie me da una oportunidad -respondió el cerdo-. Todo el mundo me dice que los cerdos no podemos ser cantantes porque somos feos y sucios. Y los profesores dicen que tengo mi gruñido es horrible.

- ¿Ah sí? Pues te diré una cosa. No creo que eso sea motivo suficiente para que te echas atrás. Verás, hay cosas que se pueden cambiar. Por ejemplo, si te lavas bien estarás más limpio y olerás mucho mejor.

- Pero los cerdos no se lavan -respondió el cerdo-.

- ¡Claro, y tampoco son cantantes! Si quieres ser diferente tendrás que hacer cosas distintas.

- Es verdad...

- Respecto a lo de ser feo -siguió diciendo el productor-, eso es algo que carece de importancia. En realidad, forma parte de tu encanto. Además, eso depende de los gustos de cada uno.

- ¿Y mi voz? -preguntó el cerdo.

- En mi opinión tiene personalidad propia y, además, cantas con mucho sentimiento. Ven conmigo y haré de ti una estrella.

Y así fue como Antón, el cerdo que quería ser cantante, se convirtió en actor de cine y triunfó cantando a su manera.



## **El Mapache Ecológico**

Los mapaches son animales pequeños, del tamaño de un gato, de pelo largo y color gris plateado. Tienen una cola larga y peluda de anillas grises y blancas que mueven a un lento son. Poseen una característica mancha de pelo negro que va desde las mejillas a los ojos como si fuera un antifaz. Pero en el caso de nuestro amigo, su antifaz no es negro, sino de color verde y por eso lo llaman: el Mapache Ecológico.

El Mapache Ecológico había vivido siempre dentro de un gran bosque Americano Salvaje hasta que un buen día la ardilla jefa empezó a mover su rama para despertarlo:

- ¡Mapache Ecológico! ¡Mapacheeee despierta! – Gritaba sin parar-
- ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿De dónde viene este escándalo?
- Mapache estoy muy preocupada, una de mis ardillas ha escuchado a unos cuantos humanos que llegaron esta mañana al bosque decir que iban a talar nuestros árboles para construir un gran hotel rural. Si esto fuera así, tendríamos que escapar.
- ¡No puede ser! Echaré un vistazo esta tarde por la zona sur del bosque a ver si obtengo más información.

Tras conseguir algo de comida, Mapache se puso en marcha, con su lento caminar necesitaría un par de horas para llegar a la zona sur donde suelen acudir los humanos. Nada más acercarse a esa zona sus pelos ya se pusieron de punta. Todo lo que le había dicho la ardilla jefa era verdad. Descubrió a un montón de humanos con grandes camiones, con muchas hojas en la mano y varios de ellos con prismáticos observando al resto de sus colegas animales para ver en qué árboles dormían. ¡Esto era el fin!

Mapache dio la vuelta y aviso lo más rápido que pudo a todos los animales. Se reunieron y decidieron que tendrían que dividirse y buscar un nuevo hogar antes de que los humanos les dieran caza y destrozaran sus casas. Verlo sería muy doloroso.

Mapache no tenía un sitio donde ir así que decidió caminar hacia el sur de nuevo, pasar por la zona donde estaban los humanos y ver qué había más allá.

Estuvo tres días caminando sin descanso muerto de hambre cuando de repente se dio cuenta de que sus patas ya no tocaban la fresca hierba.

- ¿Qué esto? – Preguntó en voz alta-

- ¡Asfalto! Y ten cuidado, que casi me pisas – Le contestó una hormiga-

- ¡¡¡Asfalto!!! ¿Estoy en la ciudad?? – dijo Mapache mirando al suelo con cuidado-

- Claro. Creo que estás un poco perdido, ¿verdad?

- Sí, un poco..

- Anda ven. Creo que te puedo ayudar, sígueme...

El Mapache Ecológico siguió muy agradecido a la hormiga y llegó hasta lo que los humanos llamaban parque.

- Mapache aquí tienes árboles, escóndete detrás de un tronco y cuando se haga de noche súbete a la copa de uno de ellos a dormir.

- Muchas gracias, hormiga. Nunca olvidaré tú ayuda-

- De nada, amigo – La hormiga se despidió y se fue en busca de alimento-

El mapache no quería estar muchas horas detrás de un tronco, pues le daba miedo que se le acercara algún perro así que se fue a dar un paseo por los alrededores del parque. Tras una hora de paseo su asombro fue mayúsculo:

- ¡Cuánta contaminación! ¡Por eso los humanos no tienen casi árboles a su alrededor! ¿Qué es toda esta suciedad? ¿y toda esta basura? Si voy a quedarme a vivir aquí tendré que hacer algo por cambiar todo esto.

En vez de dormir, nuestro Mapache Ecológico se pasó la noche haciendo carteles con papel de la basura y con hojas de los jardines y se dedicó a pegar carteles por toda la ciudad: **NO TIRES BASURA AL SUELO, CUIDA DEL MEDIO AMBIENTE.**

La gente observaba los carteles sorprendida y poco a poco comenzaron a hacerles caso y ser más responsables con el medio ambiente. La ciudad se convirtió en un lugar mejor para todos y aunque nadie sabía a ciencia cierta quién había puesto esos carteles allí, el Mapache Ecológico se convirtió en un gran héroe anónimo.



## Las super abejas

Corre el año 2536. Los humanos han tenido que abandonar la tierra tras décadas intentando salvar la capa de ozono y depurar el agua para tener agua potable para todos. La mayoría han emigrado a otras galaxias. Pero Crispín y su familia decidieron quedarse en la Luna.

En la Luna, Crispín y su familia vivían en una especie de casa prefabricada instalada sobre la superficie lunar cubierta por una gran bóveda. Era como una ciudad en miniatura. Tenían de todo. Los padres de Crispín habían logrado crear un ecosistema artificial en el que no faltaba de nada.

- Papá, ¿por qué nos hemos quedado tan cerca de la Tierra y otros se han ido mucho más lejos? -preguntó un día Crispín-

- Porque nosotros vamos a salvar la Tierra -dijo su padre-

- ¡Sí, hombre! ¡Que te lo crees tú! -dijo Crispín, entre burlón y desafiante-. Miles de científicos llevan décadas intentándolo. ¿Qué vas a hacer tú que no puedan hacer ellos?

- Yo tengo una idea mejor -respondió su papá-. ¿Me ayudarás?

- Bueeno... -dijo Crispín. En el fondo, adoraba la idea de volver a la Tierra.

- ¿Cómo lo vas a hacer? -preguntó el niño-

- Mi proyecto tiene nombre: "Las super abejas" Mira hijo, la gente no se ha ido de la Tierra solo porque no quedase agua potable o la capa de ozono estuviera destrozada. Hace siglos que los científicos inventaron una forma de crear ozono artificial. En cuanto al agua, todavía es posible depurarla.

- Entonces, ¿cuál fue el problema? -preguntó Crispín.

- Las abejas se extinguieron casi por completo -respondió su papá-. Nosotros nos vinimos aquí con las últimas cien abejas que quedaron vivas.

- ¿Y por eso te pones el traje de astronauta para entrar en la zona prohibida? -preguntó Crispín-

- Algo así -respondió su papá.

- Cuéntame más -pidió el niño.

Las abejas son fundamentales para la polinización. Es algo complicado. Digamos que sin polinización no crecen los cultivos y sin cultivos no hay comida, ni para los humanos ni para los animales -dijo el papá de Crispín.

- Entonces... ¡Nos hemos idos porque no había comida en la Tierra!  
-dijo sorprendido Crispín.

- Exacto -dijo su papá. Pero tengo ya casi listo un gran batallón de super abejas para volver a la Tierra. Las dejaremos allí, a ver si van consiguiendo algo. Poco a poco iremos llevando algunos de los animales que nos hemos traído, cuando críen y podamos asegurar la continuidad de la especie.

Con el tiempo, el plan del papá de Crispín dio sus frutos y los humanos pudieron volver de nuevo a la Tierra. Eso sí, esta vez comprendieron lo importante que era cuidar más del medio ambiente si no querían volver a lamentar las consecuencias



## **El gatito desobediente**

Había una vez un gatito al que no le gustaban nada las normas. Por eso nunca escuchaba lo que le decía su mamá y siempre hacía lo que le daba la gana.

El gatito vivía con su mamá y sus hermanos en una casa a las afueras de la ciudad. Allí tenía todo lo que necesitaba. Pero el gatito se aburría y, siempre que podía, salía de la casa a ver qué encontraba.

Lo que más le gustaba al gatito era explorar el bosque. El gatito solía esperar a que su mamá se quedara dormida y, sigilosamente, salía de la casa para irse.

Sus hermanos, que conocían sus escapadas, se lo advertían una y otra vez.

-Un día va a aparecer un animal grande y te va a comer.

-El día menos pensado caes en una trampa.

Pero al gatito no le daba miedo nada de eso y, cada noche, se escapaba para volver al amanecer. Al gatito le encantaba ver los ojos brillantes de los animales nocturnos. El gatito los conocía todos y sabía que animales eran peligroso y cuáles no.

Aunque había unos ojos nocturnos que no conseguía reconocer. Los veía siempre en el mismo sitio, pero pasaban tan rápido que nunca conseguía averiguar qué animal era. A veces veía a muchos, otras veces pocos. Pero lo que más extrañaba al gatito es que nunca tenían la misma forma.

-¡Oh, qué ojos más interesantes! -pensaba el gatito cada vez que los veía-. ¿Qué animal será el que tiene unos ojos tan tremendos? ¡Y qué rápido se mueven!

Un día, nada más salir de casa, el gatito vio a lo lejos que un par de ojos de esos que tanto le intrigaban. Se acercaban rápidamente, pero el gatito estaba tan atento a ellos que no se movió.

En ese momento, el gatito notó como alguien le cogía por el lomo y se lo llevaba en volandas.

-¿Qué ha pasado? -preguntó el gatito-.¿Qué animal era ese? Casi lo descubro. ¿Por qué me has cogido, mamá?

-¡Eso era un coche! -gritó la mamá del gatito-. Y casi te aplasta.

El gatito se quedó mudo. ¿Cómo no se había dado cuenta? Él, que era capaz de esconderse y huir de cualquier depredador, había estado a punto de ser atropellado por una máquina.

-Lo siento, mamá -dijo finalmente el gatito.

-Eres un desobediente -dijo su mamá-. Y un imprudente. Menos mal que no me había dormido aún. Creo que tenemos que tener una charla, jovencito.

Esa noche el gatito y su mamá se la pasaron hablando sobre los peligros que hay fuera y sobre la importancia de ser prudente. La mamá le contó al gatito todo lo que sabía sobre los peligros de la carretera y del bosque.

-No pensé que fuera tan peligroso estar ahí fuera -dijo el gatito.

-Explorar y aprender por tu cuenta está bien, hijo -dijo su mamá-, pero debes escuchar y aprender de tus mayores.

-Gracias mamá. Prometo escucharte y preguntar todo lo que no sepa -dijo el gatito.

Esa noche el gatito tuvo la suerte de que su mamá andaba cerca, pero no siempre va a haber alguien que nos pueda sacar de un apuro. El gatito aprendió la lección y ahora presta más atención a lo que le dice su mamá, por si acaso ella no está cerca la próxima vez que corra peligro.



## **El ratón Julio**

Julio era un ratoncito valiente, pero algo contestón. Vivía en una pequeña ratonera con su madre, su padre y sus siete hermanos y hermanas. Su hogar era muy confortable, pero en verano hacía mucho calor y el invierno era demasiado frío. A veces incluso se colaba algo de agua de la lluvia por las rendijas.

Como decimos, Julio era algo rebelde y no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Un día de mucho frío, antes de ir a la escuela, su madre le dijo que se abrigase bien, porque iba a nevar según habían dicho en las noticias.

- No quiero, porque después en el cole siempre tengo calor -contestó Julio, refunfuñando.

el pequeño ratón no hizo caso y, como salió a la calle desabrigado, cogió un gran resfriado. La verdad es que le pasó todo lo malo que le podía pasar. Como era una tarde lluviosa con frío y viento, se mojó el calzado y perdió la única chaqueta que se había puesto antes de salir de casa. Pronto empezó a estornudar y a tener mocos, pero no llevaba pañuelos de papel. Como era muy orgulloso no se los quiso pedir a nadie y siguió caminando sin paraguas y sin abrigo cada vez con la naricilla más atascada. Por si esto fuera poco, se le rompió el pantalón al engancharse con un alambre del parque. Después en el cole, a donde llegó con las manos heladas, no pudo escribir bien porque le dolían mucho los dedos. Para colmo, la directora de la escuela dijo por el altavoz que se había estropeado la calefacción.

- Espero que hayáis venido bien abrigados, porque no vamos a tener calefacción hasta dentro de unos días -les dijo con su habitual tono amable.

Al final, Julio tuvo que reconocer la situación y volver a casa, con el rabo entre las piernas, a reconocer que su madre tenía razón y que debería haberse abrigado bien. Cuando llegó a casa, la ratona se dio cuenta de que Julio tenía algo de fiebre y le preparó una sopa bien caliente. No le riñó, porque entendió que su hijo estaba aprendiendo de sus propios errores. Le puso también una manta y un gorrito de lana y le ayudó a meterse en la cama. Desde ese día Julio entendió que su madre y su padre le daban consejos por su bien y que solo trataban de educarle y para que empezase a hacer cada vez más cosas solo.



## Un ratón muy goloso

Pepito era un ratoncito regordete al que sólo le gustaba comer tartas, dulces, golosinas y chocolate. Vivía con sus papás y su hermano en las paredes de una pastelería en la que hacían un montón de cosas riquísimas y , sin que se dieran cuenta, Pepito salía todas las noches a comer algo cuando todos dormían.

Su hermano Max lo envidiaba en cierta manera porque él nunca había probado los dulces, pero sabía que no debía comerlos porque sus padres le decían que no eran buenos para sus dientes y su estómago.

- Deberías dejar de comer tantos dulces Pepito, si se enteran nuestros padres se enfadarán mucho. Sabes que lo tenemos prohibido - le decía constantemente Max

- ¡No! Es lo que más me gusta y no voy a dejar de hacerlo

Pero a Pepito le daba igual. El era muy feliz comiendo todos esos dulces él solo.

Tanto le hablaba a Max de las cosas tan ricas que comía en la pastelería que al final lo acabó convenciendo para ir juntos a comer dulces.

- No sé si es buena idea Pepito...

- ¡Sssssshh! No seas miedica. No pasará nada

- Tu hazme caso y no hagas ruido

Cuando los dos ratones entraron en la pastelería se encontraron todo lleno de tartas y pasteles. Normalmente Pepito comía los restos que encontraba en la basura, pero aquel día había mucha más comida que de costumbre y lo mejor de todo es que era toda para ellos.

Pepito probó todo lo que encontró: pasteles de crema, bizcocho, bolitas de coco, tarta de queso, galletas de chocolate... mientras que

Max, comió un pedacito de madalena de arándanos y prefirió no seguir comiendo.

- Pepito quiero irme a casa. Creo que me duele la tripa

- ¡Venga ya, pero si no has comido nada!. Yo no me voy de aquí. Aún me quedan muchas cosas ricas por probar.

Max se marchó a la ratonera y se metió en la cama sin hacer ruido. Pero tenía la tripa tan llena no podía dormir. Estuvo despierto un buen rato esperando a su hermano pero al ver que no llegaba empezó a preocuparse.

- ¿No le habrá pasado algo? Son más de las doce y esa es la hora a la que el gato de los vecinos se sale a pasear... ¡Tengo que ir a buscarlo!

Cuando Max llegó a la pastelería no vio por ningún lado a Pepito. Solo había trozos de pasteles y tartas mordidos por todos los lados. Estaba a punto de volver a casa cuando oyó algo:

- ¡Aaaayyy! ¡Ay mi tripa! ¡Que alguien me ayude por favor!

- ¡Pepito!

- Ayúdame Max, no me puedo levantar. Me duele tanto la tripa que no puedo moverme. Creo que he comido demasiados dulces incluso para mí.

- No puedo Pepito, pesas mucho. ¡Ya sé! Tú espérame aquí, volveré enseguida.

Max fue todo lo rápido que le permitieron sus patitas hasta la ratonera y despertó a sus padres para contarles lo ocurrido.

Entre los tres cogieron a Pepito y lo llevaron rápidamente a que lo viera el doctor Chis, quien le dio una medicina que le alivió un poco e hizo que se quedara dormido. Al cabo de unas horas Pepito se despertó:

- Jovencito, has tenido suerte de que tu hermano volviera a por ti. Tenías una indigestión severa, pero tranquilo, te pondrás bien.

- Gracias doctor - dijo Pepito avergonzado por su comportamiento - y gracias también a vosotros, en especial a ti, Max. He aprendido la

lección. No volveré a desobedeceros y sobre todo nunca, nunca jamás volveré a comer dulces, lo aseguro.

Todos echaron a reír cuando Pepito dijo esto, pero lo cierto es que el ratón cumplió su palabra y todavía hoy no ha vuelto a probarlos.



## **El osito y el león**

Érase una vez, un osito muy pequeñito que vivía con su familia en un bosque enorme. Se llamaba Truc y siempre que iba con su mamá, su papá y sus hermanos a buscar comida le gustaba entretenerse con otros animales a jugar.

Un día, mientras paseaban por el bosque, Truc vio que había unos animales que nunca había visto.

- Mami, ¿esos animales con tanto pelo y tan grandes quiénes son? – preguntó

- Truc, son los leones. Ellos son los animales más fuertes de todo este bosque y nosotros no podemos acercarnos a ellos. Tienes que tener mucho cuidado Truc. Prométeme que no te acercarás a ellos – le explicó su madre

Truc veía de lejos como jugaban entre ellos. ¡Eran enormes! Tenían unas patas gigantes y cuando veían a algún otro animal, rugían muy fuerte y daban bastante miedo.

Al día siguiente, Truc volvió a salir de casa con su mamá a buscar más comida. Como siempre hacía, se entretenía con otros animales a correr y jugar. Ese día, conoció a Pet, un pájaro de colores que acababa de llegar al bosque y que aún no tenía amigos. Pet era muy travieso y siempre hacía lo que quería sin obedecer a nadie.

Truc y Pet corrieron un buen rato por el bosque y, cuando Truc quiso darse cuenta, se había despistado y no encontraba a su mamá. Entonces, Pet, que había aprendido a volar muy alto hacía poco, levantó el vuelo para ayudarlo a encontrarla.

- A ver, a ver....No la veo por ningún lado... Un momento, ¡veo a los leones! ¡Sígueme Truc! ¡Vamos a jugar con ellos!

Truc, que recordó lo que su mamá le había dicho sobre los leones, le contestó:



- Lo siento, no quería asustaros... yo solo quería jugar con ellos pero...

- Toda la culpa es mía - dijo Pet interrumpiendo al osito - yo le dije a Truc que podíamos acercarnos a los leones. No os enfadéis con él por favor. Lo siento mucho, de verdad.

Truc y Pet, aprendieron que obedecer a los mayores es algo muy importante y, desde entonces, nunca más se acercaron a los leones.

